



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

ESCUELA DE VERANO

**SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ**

TESIS

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

**MAESTRÍA EN LENGUAS MODERNAS**

PRESENTA:

**STELLA EDMISTON**

MÉXICO, D. F.

1937



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## Sor Juana Inés de la Cruz

## Biografía

Sor Juana Inés de la Cruz es una de la figuras más notables que ha producido la literatura de habla española; el más alto espíritu poético de su siglo. Desde el punto de vista literario no es posible clasificarla, pues no pertenece a ninguna escuela ni ninguna época. Para una monja del siglo diez y siete es una figura curiosa y singular. Además de ser la figura literaria más sobresaliente de su época su vida es extraña y sumamente interesante. El señor Luis González Obregón dice que su vida es casi una leyenda. Para mí su vida es una novela que no está concluida; una novela a que <sup>la</sup> <sup>le</sup> falta la parte más interesante. Es como si yo leyese un libro muy estimulante y hallase, de repente que faltaban algunos capítulos, por supuesto, los capítulos que se necesitan más para concluir el libro. El enigma de Sor Juana y el misterio de su vida han provocado innumerables suposiciones pero todavía quedax un problema que no tiene solución alguna. La suya es una vida que continuará interesante mientras que se estudie la literatura mexicana. Cuanto más estudio la vida y la obra de esta mujer extraordinaria, tanto más me doy cuenta de que soy completamente incapaz de hacer un trabajo digno de ella.

100015

Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana, mejor conocida en la literatura por su nombre de claustro, Sor Juana Inés de la Cruz, nació el día 12 de noviembre de 1651, en San Miguel de Nepantla Jurisdicción de Amecameca. Nació y pasó sus primeros años en uno de los lugares más interesantes y más pintorescos que se puede imaginar, a los pies de los volcanes. Naturalmente la belleza del paisaje, es espectáculo imponente de los majestuosos volcanes, siempre coronados de nieve, y la grandeza de la naturaleza hubieron de contribuir en gran manera al desarrollo del instinto poético con que nació Sor Juana. En algunas poesías ella hace referencia a este lugar hermoso en que pasó su infancia.

No se sabe mucho de su familia. Su padre fue don Pedro Manuel de Asbaje, natural de Vergara, y su madre fue doña Isabel Ramírez de Cantillana, hija de padres españoles. Ella misma hace referencia a su hermana mayor y a un hermano. Parece que sus padres poseyeron bastantes bienes y un puesto distinguido en la sociedad. Nació la poetisa en un hogar religioso, austero y tranquilo en que el trabajo encontraba un templo. Esta fue la cuna de la Décima Musa.

En su infancia manifestó su afición casi increíble al estudio. A los tres años aprendió a leer y a los cinco sabía escribir y contar. Aprendía muy fácil y rápidamente. Se dice que recibió solamente veinte lecciones de latín al bachiller Martín de Olivas y que en estas pocas lecciones aprendió el idioma. A los cinco años ya había adquirido los conocimientos que formaban

en su época la educación de su sexo.

Parece que Juana Inés fue poetisa por intuición. Su aptitud innata de versificar hizo que compusiese versos casi desde su infancia. Fué esta habilidad tan natural en ella que al principio ella creía que todo el mundo poseía esta misma habilidad de hacer versos. En alguna obra suya nos dice que versificaba en sus sueños. A los ocho años compuso una loa en honor del Sacramento de la Eucaristía, la que hubo de recitarse en público en una fiesta solemne. Un libro se había ofrecido como premio y por eso, Juana Inés empezó el trabajo con entusiasmo y lo llevó a cabo de una manera que indicó que ella entendió muy bien la naturaleza del poema.

En su famosa Respuesta a Sor Filotea de la Cruz nos da algunos datos curiosísimos e interesantes de su vida y sus inclinaciones literarias. Dice: "Desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa la inclinación a las letras, que ni ajenas reprensiones, (que he tenido muchas) ni propias reflejas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí." Dice que a los seis a siete años comenzó a suplicar a su madre con importunos ruegos que la enviase, en traje de hombre, a México para estudiar en la Universidad en que ella había oído decir que se enseñaban las ciencias que deseaba aprender. Esto no hizo la madre, pero le permitió leer los libros de su abuelo. Su insaciable sed de saber se aumentaba más con la lectura de los libros que cayeron en sus manos y los cuales ella devoraba ávi-

damente. Nos dice que se abstenía de comer queso porque había oído decir que entorpecía la inteligencia y hacía tardo el ingenio.

Su modo de estudiar es curiosísimo y, al parecer, muy efectivo. Tenemos aquí sus propias palabras: "Era tan intenso mi cuidado, que siendo así, que en las mujeres (y más en tan florida juventud) es tan apreciable el adorno natural del cabello, que yo me cortaba de el cuatro o seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes e imponiéndome ley de que si cuando volviese a crecer hasta allí, no sabía tal o tal cosa que me había propuesto de aprender, en tanto que crecía, me lo había de volver a cortar, en pena de la rudeza. Sucedió así que él crecía y yo no sabía lo propuesto, porque el pelo crecía aprisa y yo aprendía despacio y con efecto le cortaba, en pena de la rudeza; que no me parecía razón que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnudo de noticias, que era más apetecible adorno."

Sus biógrafos mencionan solamente a un maestro con quien estudio Juana Inés, y aquél fué el bachiller Martín de Olivas que le dió lecciones de latín. Así es que su propio ingenio le sirvió de maestro. Sus progresos fueron maravillosos. En su carta a Sor Filotea de la Cruz dice la poetisa: "Volví, proseguí, digo, a la estudiosa tarea (que para mí es descanso en todos los ratos que sobraban a mi obligación) de leer y más leer; de estudiar y más estudiar sin más maestro que los mismos libros. Ya se ve cuan duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y la explicación del maestro. Y así estudiaba

diversas cosas sin más maestro que un libro mudo y sin más con-discípulo que un tintero insensible."

Con aplicación intensa, dedicada siempre al estudio, siguió el camino que le gustaba más, el de aprender todo, no sólo estudiando los libros sino observando todas las cosas que "Dios crió," no sólo las cosas sublimes de la naturaleza sino también las cosas más sencillas, como por ejemplo las acciones de sus compañeros, el modo de bailar un tropo, los juegos de niños; todo lo observaba y de todo aprendía. Esta habilidad de observar y aprender de todas las cosas es una prueba de su inteligencia extraordinaria y una causa de sus conocimientos tan generales; pues hay tanto en el mundo que tiene que aprenderse observando las cosas y las personas, no estudiarlo en libros. Dice ella en una poesía suya:

El que no vive lo que sabe,  
sólo sabe lo que vive.

Quiso saber todo, no superficialmente, sino a fondo. Dice ella: "Estudio sólo por ver, si con estudiar, ignoro menos." Este afán de saber siguió el móvil de su vida entera. Esta gran pasión ingénita fué el estímulo de todos sus esfuerzos contra los muchos obstáculos que ella encontraba, obstáculos, que eran los resultados de la época en que vivió, de las costumbres, de su sexo, de la ignorancia que la rodeaba, de las ideas religiosas, y, finalmente, porque Sor Juana nació ante su época y por eso nunca la entendieron sus contemporáneos. Porque nació ante su época fué un mártir. Dice el señor Oviedo y Romero: "Juana, como todos los seres superiores que nacen en una sociedad atra-

sada, fué un mártir sacrificado en aras de la estupidez."

Cuando ella tenía quince años vino a México con sus padres. Fué tal la fama de su ingenio y de su belleza que llegó a oídos del virrey de México, el Marqués de Mancera. El Virrey quería ayudarla y la aceptó en la corte como dama de honor de la Virreina. La Marquesa de Mancera y Juana Inés se hicieron muy buenas amigas. Muchas poesías de la poetisa se dedicaron a esta amiga y protectora suya. En la corte, naturalmente, Juana Inés fué admirada muchísimo por su belleza singular y sus conocimientos que causaba estupor entre todos.

Era tan increíble el gran saber en una joven de sus pocos años, que el Virrey quiso averiguar si ella tenía ciencia infusa de Dios o si había adquirido su saber por medios humanos; si su educación era verdadera y sólida o si era solamente aparente y ficticia. Así es que decidió someterla a un examen riguroso. Juntó en el palacio a todos hombres doctos que profesaban Letras en la Universidad de México y en la ciudad, unos cuarenta hombres de todas las profesiones y todas las facultades como filósofos, teólogos, matemáticas, historiadores, poetas, escritores y no pocos "de los que, sin haber cursado por destino las Facultades, con su mucho ingenio y alguna aplicación suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo." Reunidos estos hombres le hicieron a la joven que tenía solamente diez y seis años, toda clase de pregunta acerca de todas las ciencias y todas las cosas que sabían los hombres doctos y educados en todas las Facultades, y Juana Inés a toda pregunta dió una respuesta sabia y madura, sin

intimidarse de modo alguno. Citando este examen años después el Marqués de Mancera atestiguó que, "No cabe en humano juicio creer lo que vió, pues dice: "A la manera que un galeón real se defendería de las pocas chalupas que le embistieren, así se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, réplicas y argumentos que tantos, cada uno en su clase le proponían."

En el palacio del Virrey cautivó con su belleza y la dulzura de su disposición los corazones de todos. Se dice que todos los hombres que valían algo pretendían su mano. Con su gran hermosura y su disposición amable, simpática y apasionada es difícil creer que ella no amara ni fuera amada. Yo estoy segura de que esto ocurrió, porque de otra manera me es imposible entender los sentimientos expresados con tanta sinceridad en muchas poesías suyas. Pero he discutido más en detalle mis ideas respecto de esto en otras páginas de este trabajo. Sin embargo, hay muchos de sus biógrafos que no están de acuerdo conmigo. De todos modos, Juana Inés sorprendió a todo el mundo cuando a los diez y seis años indicó su resolución de entrar en el convento. El 14 de agosto de 1667 entró en el convento de San José de Carmelitas Descalzas, pero la regla fué tan severa que Juana Inés se enfermó y tuvo que salir del convento después de pasar en él unos tres meses. Salió el 18 de noviembre. Quince meses más tarde ingresó en el Convento de San Jerónimo, donde al fin profesó. Aquí pasó veinte y siete años de su vida.

Yo imagino que esta resolución de Juana Inés causó tanto estupor entre sus amigos y conocidos, como les causó su gran erudición. Naturalmente este paso por parte de una joven bella, erudita, admirada de todos y con un porvenir brillante fué una

cosa increíble. Se han ofrecido muchas explicaciones por su repentina determinación de encerrarse en un convento. Porque son interesantes, no porque las creo, he escogido algunas de estas explicaciones. Dice el Padre Calleja: "Desde edad muy florciente se dedicó a servir a Dios en una clausura religiosa, sin haber amagado jamás su pensamiento a dar oídos a las licencias del matrimonio, quizá persuadida la americana fénix que era imposible este lazo en quien no podía hallar par en el mundo." El señor Franciscó Pimentel expresa esta opinión: "El mundo era muy reducido teatro para satisfacer aquella alma elevada, y no encontrando en torno suyo nada que pudiera satisfacerla, alzó los ojos al cielo, los fijo en el Ser Perfecto, único que podía comprender aquel corazón ardiente y pensó encerrarse en un claustro." Dice la Baronesa de Wilson: "El mundo no encerraba atractivos para su alma elevada y sublime, por lo que fué a buscarlos al pie de los altares."

En "La vida del P. Antonio Núñez de Miranda," el señor Juan de Oviedo nos dice: "Estando en el palacio de los Virreyes de esta Nueva España, adonde la había conducido la fama de sus singulares prendas de raro ingenio y grandes noticias superiores a la esfera de sus pocos años, se sintió llamada de Dios al retiro y clausura de la Religión, más retardábase el parecerle condición indispensable a las obligaciones de este estado haber de abandonar los libros y estudios en que desde sus primeros años tenía colocados todos sus cariños. Consultó su vocación y sus temores con el Venerable P. Antonio Núñez que ya tenía noticia de las

prendas y dones singulares que había el cielo depositado en aquella nina; y mirando las cosas con la madurez, aprobó la vocación alabando sus deseos, y exhortándole con eficaces razones a la ejecución, se ofreció a ayudarle en cuanto pudiese, animándola a sacrificar a Dios aquellas primeras flores de sus estudios, si conociese, que le habían de ser estorbo a la perfección a que la empeñaba el estado de Religiosa."

Por otra parte el señor Genaro Fernández MacGregor dice: "No había indicación alguna en su niñez ni en su juventud pasada en la corte el deseo de dedicarse a la religión, retirarse del mundo. Después de un drama desconocido que le segó en flor en el corazón de la doncella, el dolor y el arrepentimiento de ésta y su repugnancia final por el objeto amado, según todas las posibilidades, este desengaño empujó a Juana al convento."

El señor Marcos Arróniz nos expresa su opinión así: "La tristeza vaga sin nombre en la vida, esa falta de teatro en que hacía brillar sus dotes, ese aislamiento y divergencia entre una sociedad que veía al mundo al través del lente mezquino y prosaico del materialismo, mientras que ella coloraba los objetos con el prisma brillante del corazón, de la imaginación y poesía; haciéndola vivir sólo entre todos, escuchada pero no comprendida, vista pero no amada. Si por alguna o por todas estas causas no se sabe, pero a los diez y siete años decidió encerrarse en el convento."

Ella misma en su Respuesta a Sor Filotea de la Cruz nos da sus propias razones que deben de ser, por lo menos en parte, la

verdad: "Entréme religiosa porque, aunque conocía que tenía el estado cosas, de las accesorias hablo, y no de las formales, que repugnaban mi genio; con todo para la total negación que tenía al matrimonio, era lo menos desproporcionado, y lo más decente que podía elegir en materia de la seguridad que deseaba, de mi salvación: a cuyo primer respeto, como al fin más importante, cedieron y sujetaron la cerviz todos los impertinencillos de mi genio, que eran de querer vivir sola, de no querer tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sossegado silencio de mis libros. Esto me hizo vacilar algo en la determinación, hasta que alumbrándome personas doctas, de que era tentación, la vencí con el favor divino, y tomé el estado, que tan indignamente tengo. Pensé yo que huía de mí misma. He intentado sepultar con mi nombre mi entendimiento, y sacrificarlo sólo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en la religión."

En mi opinión tenemos en este párrafo la mejor explicación, pero no creo que sea toda la verdad. Nacida en una época muy atrasada, en un país como México en que, por regla general, la carrera de la mujer es su hogar y su familia, Sor Juana no pudo escoger otro camino que el del convento, puesto que, ella había renunciado por completo a la carrera de su sexo, es decir, el matrimonio. No hubo entonces más que estos dos caminos, el matrimonio y el convento. Sor Juana escogió el único camino que le quedó, esperando hallar en la seguridad del convento la tranquilidad que no había hallado en el mundo después del desengaño que la hizo perder sus ilusiones de niña; que la hizo reflexiva y

un poco desdeñosa para con los hombres.

El convento de San Jerónimo de esa época estaba en el centro de la vida social, no sólo de la metrópoli sino de la colonia; era punto de cita de todo lo que importaba en ellas; era casi un lugar de moda. Había frecuentes fiestas y aun bailes dice un autor. La clausura no era completa. "La virtud tenía cara alegre -- dice Amado Nervo, hablando de los conventos de México -- no eran habitáculos de tristeza."

En el convento siguió Sor Juana siendo amada y admirada de todos. Tenía trato con todas las personas de importancia en la colonia; entre sus amigos contaba ella a los Virreyes; se hallaba en el centro de los acontecimientos coloniales. Las personas más eminentes de la metrópoli la visitaban en su celda que se convirtió en una especie de academia. Tenía instrumentos de música que tocaba; instrumentos científicos, y unos cuatro mil libros, formando una de las bibliotecas más extensas que se hallaban en la época. Era una biblioteca de libros curiosos para una mujer y sobre todo para una monja. Estos instrumentos y libros se le habían regalado por sus amigos y admiradores, pues era amiga de los hombres de letras y ciencias, no sólo en su propio país sino en Europa también. Tenía correspondencia con los hombres importantes de la colonia y con ellos tenía frecuentes entrevistas. Así se ve que no quiso entrar en el convento para retirarse del mundo, en el sentido de la palabra que se entiende refiriéndose a las monjas.

Sabía armonizar admirablemente su amor al estudio con la

disciplina de la regla del convento. Primero atendía a los ejercicios religiosos y el tiempo que le sobraba lo dedicaba siempre a sus libros. Nos dice que a pesar de toda su aplicación a sus estudios tenía que estudiar en medio de muchas dificultades y muchas interrupciones, pues sus hermanas la amaban mucho y la molestaban con sus frecuentes visitas. Ella era de disposición tan expansiva que no era posible aislarse; era de disposición extraordinaria, porque se dice que en todos los años que pasó en el convento nadie la vió nunca impaciente, enojada, ni quejosa.

Durante los veinte y siete años que pasó en el convento adquirió vastísimos y varios conocimientos en las ciencias, en las letras y en la música. Por supuesto, escribió la mayor parte de sus obras. Aparentemente pasó estos años en tranquilidad. Pero dentro del corazón había un conflicto constante. Sentía en el fondo de su ser la perpetua lucha entre el alma y el cuerpo. Así ella lo expresa:

En dos partes dividida  
tengo el alma en confusión:  
una esclava a la pasión  
y otra a la razón medida.  
Guerra civil encendida  
aflige el pecho importuno;  
quiere vencer cada una;  
y entre fortunas tan varias,  
morirán ambas contrarias;  
pero vencerá, ¡ninguna!

Sentía en su corazón las limitaciones que el cuerpo impone al alma:

Con los pies sube al templo  
la bella niña.  
Con los pies anda  
y con el alma vuelva!  
El mismo impulso interior.

presta al cuerpo ligereza:  
que mucho que los pies corran  
cuando ven que el alma vuelva!  
Las dos opuestas mitades  
de cuerpo y alma forcejan,  
el alma por elevarlo;  
y el cuerpo por detenerla.  
¡Vencerá el alma, sin duda,  
en la amorosa pelea!

La virtud y la costumbre  
en el corazón pelean,  
y el corazón agoniza  
en tanto que lidian ellas.  
Y aunque virtud es tan fuerte  
temo que tal vez la venza,  
que es muy grande la costumbre  
y está la virtud muy tierna.

El señor José María Vigil en su "Reseña histórica de la poesía Mexicana dice: "Ahora bien, ¿encontró Sor Juana en el convento lo que tanto anhelaba? ¿Pudo satisfacer en el silencio y soledad del claustro la ardiente sed de saber que consumía su alma? No se necesita discurrir mucho, aun cuando ella no nos lo dijera, para comprender la profunda desilusión de que fué víctima y las graves contradicciones que sufrió en el estrecho círculo en que se vió condenada a pasar veinte y siete años de su vida, y en tan abierta oposición se hallaba con sus altas y generosas aspiraciones. El comercio con los libros, único refugio que le quedaba contra realidades harto penosas, no podía dejar satisfecho el instinto de sociabilidad tan poderoso en su corazón naturalmente expansivo."

Tuvo que sufrir las críticas de los del mundo que la molestaban, diciendo que los estudios literarios no eran propios de las mujeres. Entre las hermanas completamente ignorantes de asuntos literarios, Sor Juana no pudo menos de sufrir muchas

molestias.

En los versos siguientes se nota un espíritu de resignación.

El no esperar alguno  
Me sirve de consuelo,  
que también es alivio  
el no buscar remedio.

En la pérdida misma  
los alivios encuentro;  
pues si perdí el tesoro,  
también se perdió el miedo.

No tener que perder,  
Me sirve de sosiego,  
que no teme ladrones  
desnudo el pasajero.

Ni aun la libertad misma,  
tenerla por bien quiero  
que luego será daño,  
si por tal la poseo.

No quiero más cuidados  
de bienes tan inciertos,  
sino tener el alma,  
como que no la tengo.

En los últimos años de su vida la hostilidad empezó a manifestarse. El Arzobispo de México, don Francisco de Aguiar y Seijas expresó su desaprobación de la obra de Sor Juana cuando predicó con gran acrimonia contra las comedias y su representación en las solemnidades de los santos y aconsejó que los libros de comedias se quemasen. La verdadera crisis en la vida de Sor Juana fué resultado de su impugnación de un sermón predicado por el Padre Vieyra, el más erudito y más notable predicador de su época. En el sermón el Padre Vieyra había dicho: "El estilo que he de guardar en este discurso será éste: referiré primero las opiniones de los Santos, y después diré también las mías;

mas con esta diferencia: que ninguna fineza de amor de Cristo dirán los Santos a que yo no dé otra mayor que ella y a la fineza del amor de Cristo que yo dijere, ninguno me ha de dar otra que la iguale."

A petición de algunos hombres eruditos con quienes Sor Juana había tenido una conversación acerca de este sermón, ella escribió alguna crítica del sermón y esta crítica llegó a manos de don Manuel Fernandez de Santa Cruz, Obispo de Puebla. Le causó tanta impresión que, sin que Sor Juana lo supiese la mandó imprimir con el título de Carta Atenagórica, que Amado Nervo dice "es la corona de todas las obras de la Madre Juana." see p. 42

En su respuesta a este sermón Sor Juana defendió, con toda la vehemencia propia a ella, a sus tres Santos: San Agustín, que afirmó que la mayor fineza de Cristo fue morir; Santo Tomás que pensó que la mayor fineza de Cristo Sacramentado fue quedar en el Sacramento sin uso de sentidos; y San Juan Crisóstomo que sostuvo que la mayor fineza de Cristo fue lavar los pies a los discípulos. Esta impugnación muy larga es un documento admirable por la erudición y la lógica que mostró su autora. Pero la desaprobación expresada por una monja contra un hombre tan docto y tan eminente en su orden religiosa como el padre Vieyra, fue atrevimiento increíble, y provocó mucha crítica. El Obispo de Puebla le escribió a Sor Juana una carta firmandola con el seudónimo, Sor Filotea de la Cruz. En esta carta le aconsejó que se dedicase por completo a la religión y abandonase el estudio de las letras profanas. Esta carta algo impertinente y severa,

provocó la famosa Respuesta a Sor Filotea de la Cruz, la obra en prosa más exquisita que escribió Sor Juana. En esta carta defendió a sí misma especialmente su derecho de pensar por sí misma. En otras páginas he discutido muy en detalle este documento interesantísimo.

Poco después hizo Sor Juana el más grande sacrificio que puede imaginarse: se desprendió de sus libros, sus instrumentos de música y ciencia y de todas las cosas de valor que ella tenía, dando a los pobres el producto de la venta. Al desprenderse de sus amados libros renunció al mundo por completo. Hizo confesión general; escribió con su propia sangre dos protestas de fe y se entregó a penitencias rigurosas que su confesor el Padre Antonio Núñez de Miranda tuvo que moderarlas para que ella no se hiciese daño. Así pasó Sor Juana los dos últimos años de su vida, siguiendo la senda que el padre Antonio Núñez de Miranda le señalaba; después de hacer el sacrificio supremo no le quedó más que hacer. Creo que el espíritu heroico de Sor Juana no cambió nunca. Dice ella en estos versos hermosos:

Para el alma no hay encierro  
ni prisiones que la impidan,  
porque sólo la aprisionan  
las que se forma ella misma.

Nunca renunció ella a la libertad del pensamiento. En los dos años que vivió sin sus libros el único refugio que la quedó después de su entrada en el convento, manifestó su vocación mística.

Una epidemia de tifo invadió la ciudad llegando al fin al convento de San Jerónimo. Sor Juana fué un ángel de caridad,

Se dedicándose con energía a asistir a las monjas enfermas. Ella se enfermó y murió el 17 de abril de 1695.)

El señor Luis González Obregón, en su "México viejo" describe así su sepulcro: "Su sepulcro fue imponente. El canónigo D. Francisco Aguilar la sepulcra. Asistieron los hombres más notables, las damas más distinguidas, las autoridades; y la "muchedumbre, dice uno de sus biógrafos, se agolpaba a las puertas de San Jerónimo." Todos lloraron aquella pérdida para las letras. Los poetas cantaron y D. Carlos de Sigüenza y Góngora hizo su elogio fúnebre, sentido a no dudarlo como hombre de corazón y amigo de Sor Juana."

Añade el señor González Obregón: "El segundo centenario de su muerte (17 de abril de 1895) ha pasado casi inadvertido. Ni un monumento, ni una medalla recordará a la posteridad, que México, en dicho día, lloró la muerte de Sor Juana. No importa: su gloria la conquistó la Décima Musa con sus virtudes y sus obras. Su fama descansa en el pedestal de dos centurias, desde donde recibe el aplauso del mundo entero.

El retrato de Sor Juana que se hallaba en poder de las monjas lleva esta larga inscripción según D. José María de Ágreda y Sánchez.

"Fiel copia de la insigne mujer, que lo fué admirable de todas las ciencias, facultades, artes, varios idiomas con toda perfección, y de el coro de los maiores Poetas Latinos y Castellanos de el Orbe, por lo que su singular y egregio numen produjo, en sus excelentes celebradas obras: La Madre Juana

Inés de la Cruz, Fénis de la América, glorioso desempeño de su sexo, honra de la nación de este nuevo orbe, y argumento de las admiraciones, y elogios del antiguo. Nació el día 12 de Noviembre a las 11 horas de la noche, año de 1651 en una pieza que llamaban la celda, de la hacienda de labor nombrado San Miguel Nepantla, Jurisdicción de Chimolhuacán, Provincia de Chaleco. Recibió el Sagrado Hábito de el Máximo Dr. S. Gerónimo, N. P. en este convento de esta ciudad de México, de edad de 17 años; habiendo antes florecido en su virginal estado (con asombro de la plenitud de letras, y talentos que en esta Corte, siempre se han secundado, por el compendio de los grandes de que por Dignación Divina fué dotada) en el Real Palacio a Vista y solicitud de el Exmo. Sr. MarqE. de Manzera Virrey de este Reyno, y de lo mas illustre de la nobleza, y literatura de esta dicha ciudad. Profesó y recibió el velo gobernando el Illmo. y Exmo. Sr. M. D. F. Payo Enríquez de Ribera Arcepo. Virrey, en manos de D. D. Antonio de Cárdenas y Salazar Canónigo de esta Sta. Igle, Metropolna. Iuez, Provor, y Vicario Genral de este Arcepdo.; el día del Post. S. Mathias (por su mas feliz suerte) 24 de Febrero de el año de 1669. Exercito con acamación, contumias demostraciones de su gran Sabiduría; y el empleo de Contadora de este nuestro Convento tãempo de 9 años, desempeñándolo con varias heróicas operaciones, y las de su gobierno en su Archivo. Escribió muchos y elevadísimos Poemas Latinos, Castellanos y Mexicanos, en todo género de arte y metro; otras eximias varias obras, de que algunas recogieron los Exmos. Señores

Marqueses de la Laguna siendo Virreyes sus Protectores, y otras personas illustres, y de dignidad, que antes y después de su muerte se compilaron en los tres libros de ellas, y que estan impresos; quedando otras muchas, y no menos insignes por su (modesto descuido sin este logro (de que una de ellos es el Soneto que a la esperanza hizo y en la mesa de esta copia va puesto) murió con religiosísimas, y exemplares expresiones de Cathólica y Religiosa, demostrando el acierto maior de su grande ingenio de saber morir, a las 4 de la mañana Dominica de el buen Pastor, día 17 de Abril de el año de 1695; habiendo vivido 44 años, 5 meses, 5 días y 5 horas. Requiescat in pace. Amén."

Verde embelesco de la vida humana;  
Loca esperanza, frenasí dorado,  
Sueño de los despiertos intrincado  
Llena de sueños, de thesoros vana.

Alma del mundo, delectud lozana,  
Decrépito verdor, imaginado,  
El hoy de los dichosos esperado  
Y de los desdichados, el Mañana.

Sigan tu sombra en busca de tu día  
Los que, con verdes vidrios por anteojos  
Todo lo ven pintado a su deseo

que yomás cuerda en la fortuna mía  
tenga en entrambos manos, ambos ojos;  
Y solamente lo que toco, veo.

## II

### Crítica

Se dice que pocos autores han recibido durante su vida los aplausos y la admiración general que recibió Sor Juana Inés de la Cruz. La mayor parte de sus biógrafos y sus críticos están de acuerdo respecto de su gran talento y su vastísima instrucción, pero en cuanto a los méritos de sus obras hay diversas opiniones. Los críticos modernos, sobre todo, encuentran muchos defectos en sus obras, pero sus contemporáneos parecen más bondadosos, o por lo menos fueron menos severos en su crítica. Esto me parece muy natural porque sus contemporáneos entendían los obstáculos que había en la época en que ella escribió sus obras, pues las mismas condiciones sociales que la rodeaban, a ellos también los rodeaban. A mi parecer, es un poco injusto juzgar a un autor que murió hace casi dos siglos y medio, con el mismo criterio que juzgan los críticos de hoy los méritos de sus contemporáneos.

Hay que tener presente que la época en que nació y vivió Sor Juana Inés de la Cruz era muy atrasada; era una época muy desfavorable para el desarrollo de su maravilloso talento. No sólo desde el punto de vista de la literatura sino también desde el punto de vista de la vida política, el último tercio del siglo diez y siete no ofreció muchos ni grandes oportunidades, especialmente a la mujer. Describiendo esta época,

Gustavo Baz dice:

"¿qué era la Nueva España de aquella época? Una colonia receptáculo de todo lo malo, de todo lo detestable de su metrópoli. A poblarla venían los aventureros de la península, los labriegos y los campesinos ambiciosos de una fortuna; los galeotes y los frailes; en la vasta extensión de su territorio vegetaban las poblaciones indígenas, sin ilustración alguna, fanatizadas por los curas españoles y sirviendo de instrumentos a los hacendados europeos; en los grandes centros de población residían las autoridades peninsulares, los ricos, los aventureros que sin instrucción alguna se encontraban de repente dueños de un gran caudal y gozando de prerrogativas fundadas en el hecho de haber nacido en España; el que nacía en México, por sólo esta circunstancia era considerado como un ser inferior, aunque fuese hijo de padres españoles, y como los hombres que dominaban por autoridad e influencia eran esclavos de rancias preocupaciones, pertenecían al clero español, el más retrógrado de la Europa entera, o eran personas iliteratas por las circunstancias en que habían arribado a las playas de la colonia, la instrucción pública, si tal puede llamarse a la que se impartía en la Nueva España, se reducía a una rutina necia y a ciertos conocimientos tan atrasados respecto de Europa. Todos los habitantes de la colonia vivían o contentos o ignorantes de aquel embrutecimiento social, y los cerebros educados en él seguían su impulso, aislados del mundo civilizado e imitando servilmente las costumbres de la metrópoli. Tal fué el centro en

que apareció la mujer extraordinaria que mereció de sus contemporáneos el dictado de "La Décima Musa."

Como ya he intimado, la literatura de esta época colonial se hallaba en un estado de decadencia lamentable. En todos respectos fué una época muy atrasada en la civilización, sobre todo el último tercio del siglo XVII, en que Sor Juana Inés de la Cruz tuvo la mala suerte de escribir. La literatura de la colonia no era más que un reflejo muy exacto de la literatura española. En España en esta época había una decadencia general y la nación llegó a su más bajo y turbio nivel durante el reino de Carlos II (1665-1700), último descendiente por línea masculina del poderoso Carlos V. Los escritores y poetas de la Nueva España no hacían más que imitar a los autores de España, y como los grandes autores del siglo de oro ya habían pasado y todavía no habían aparecido otros ni capaces ni dignos de ocupar los puestos elevados que los grandes maestros habían ocupado en la literatura española, se ve claramente que la literatura se hallaba en un estado lamentable. En vez de imitar la sencillez de los grandes poetas, imitaban a Góngora, el más criticado, al parecer, de todos los poetas españoles.

En México, como en España, las representaciones dramático-religiosas tenían mucha popularidad. Por eso había autores que se dedicaban a escribir aquella clase de literatura para que los indios pudiesen tomar parte o, por lo menos, asistir a estas representaciones y de esta manera aprender más rápida y fácilmente los misterios de la religión católica que ellos profesaban. Al principio los misioneros tuvieron que escribir estas piezas dra-

máticas, pero más tarde hubo otros escritores que las escribieron. Naturalmente se escribieron libros en lenguas indígenas y aparecieron crónicas de las ordenes religiosas, sermones, y obras teológicas. La influencia de Góngora empezó a sentirse, puesto que él fué el poeta más importante de España. Había en esta época muchos Arcos triunfales, Entradas, Canonizaciones y Certámenes en que "se nota - dice el Sr. García Icazbalceta - como esta rama mexicana, aunque tan apartada del trono (la literatura española) seguía la misma suerte de éste y le igualaba, o acaso le superaba, en decadencia. Verdaderamente espanta ver en esos libros las hazañas que ejecutaban aquellos poetas en laberintos, ruedas, estrellas, acrósticos y que sé yo cuántas otras combinaciones increíbles, castellanas, latinas y hasta griegas, produciendo al fin unas composiciones tan laboriosas como ininteligibles, que causan pena al lector, por aquel lastimoso despilfarto de ingenio en tan absurda y estéril gimnasia del entendimiento, como la llama un escritor moderno, y al mismo tiempo le asombran por la copia de estudios que revelan. En esta época de decadencia en México apareció Sor Juana Inés de la Cruz que "salvo de naufragio total la producción literaria del siglo XVII." Ha sido llamada "la madre de la poesía Mexicana;" la verdadera fundadora de la literatura de su país. A pesar de estas malas condiciones que la rodeaban Sor Juana es la figura más sobresaliente de su época. Fué una de las mujeres más extraordinarias de todas las edades; de todos los tiempos.

únicamente consagrado a Dios." No me da sorpresa alguna que él creyó que la obra en que el ingenio de Sor Juana "se remontó aun sobre sí mismo" era el Sueño, su obra en que sobresale su imitación de la obra y el estilo de Góngora. Este gongorismo de Sor Juana es la acusación más severa contra su obra. Al hablar de este defecto, el Sr. Jiménez Rueda dice: "Espíritu aristocrático fué el de Sor Juana, por ella su gongorismo suele ser más sincero que el de otros poetas, y por eso también, cuando es necesario, rompe con trabas impuestas por la moda y su palabra surge limpia, clara del abigarramiento que la encubría."

José María Vigil expresa esta opinión: "La figura más conspicua del siglo XVII y tal vez de todo el período colonial de México... Aunque pagó Sor Juana tributo al mal gusto de su época, es fácil notar la elegante sobriedad de su dicción poética cuando dejaba correr la pluma a impulsos de la noble inspiración que llenaba su alma. La gracia y la frescura se desbordaban con deliciosa espontaneidad, revistiendo de bellas formas la profundidad de la idea y las pudorosas vibraciones de una sensibilidad exquisita."

Mamiel Serrano y Sanz dice: "Sor Juana tuvo facultades poéticas extraordinarias. Es cierto que ella participó del mal gusto de su época. En muchas ocasiones compuso versos llenos de fuego, versos en que late una pasión no soñada ni fingida, sino verdadera. El conceptismo que los afea en ocasiones, no obsta para que varias de sus composiciones sean las que siempre se leen con placer, y merecen figurar entre las piezas selec-

tas de la literatura castellana."

El Dr. José Rogerio Sánchez es otro admirador de Sor Juana según el párrafo siguiente:

"Su vida sería suficiente para hacerla interesante; hay en ella una alma del brío de la Mística Doctora, pero nacida en atmósfera poco favorable para desplegar las alas del misticismo de Santa Teresa, cuidados mundanales la atajaron a la tierra.

De amores poco venturosos se lamentó en su juventud, y sólo cuando el anhelo de fijar en objeto más firme y duradero las ansias de su corazón la toman la vida espiritual, es cuando tiene su inspiración aceros, aunque no libres de artificio, muy dignos de nuestros místicos; conceptos que no desdicen por su fervor de los de nuestra intensa poesía espiritual. De la suya profana, son versos sinceramente sentidos, acaso de los mejores que pluma de mujer - salvando, a mi parecer, a Carolina Coronado - haya compuesto."

Juan Nicasio Gallego parece un poco más severo en su crítica, porque dice:

"Puede asegurarse que las primeras obras poéticas (de mujer) que por su variedad, extensión y crédito merecen el título de tales, son las de Sor Juana Inés de la Cruz, monja de México, en cuyo elogio se escribieron tomos enteros, mereciendo a sus costáneos el nombre de la Décima Musa, y contando entre sus panegiristas el erudito Feijóe. Y ciertamente si una gran capacidad, mucha lectura y un vivo y agudo ingenio, bastasen a justificar tan desmedidos encomios, fuera muy digna de ellos

la poetisa mexicana; pero tuvo la mala suerte de vivir en el último tercio del siglo diez y siete, tiempos los más infelices de la literatura española, y sus versos atestados de las extravagancias gongorinas y de los conceptos pueriles y alambicados que estaban entonces en el más alto aprecio, yacen entre el polvo de las bibliotecas desde la restauración del buen gusto.

Marcelino Menéndez y Pelayo, llamado el padre de la crítica moderna, opina: "Vivió Sor Juana en una atmósfera de pedantería y de aberración literaria y por eso tiene su aparición algo de sobrenatural y milagroso. Verdad que no está libre del mal gusto de la época en que vivió, pero poseía un vivo ingenio, una aguda fantasía, varia y caudalosa doctrina, aunque no muy selecta, y sobre todo el ímpetu y ardor del sentimiento así en lo profano como en lo místico, no sólo mostraron lo que hubiera podido ser con otra educación y en mejores tiempos. Dieron a algunas de sus composiciones valor poético duradero y absoluto. Los versos de amor profano de Sor Juana son de los más suaves y delicados que han salido de pluma de mujer." | See p. 64

Tenemos esta opinión expresada por Marcos Arróniz: "Las obras de Sor Juana revelan en parte el agudo ingenio, la gran lectura, la viveza de carácter y demás preciosas dotes que la adornaban, pero como se escribieron en la época de la corrupción de la literatura española, empresa debida en su mayor parte al ingenioso y osado Góngora, así es que abundan en retruécanos, alambicamiento de ideas, sutilezas, amaneramiento, trivialidad; y de tal manera que apenas bastan a compensar tantos defectos,



las cualidades magníficas de su gran talento; pero buscando el verdadero punto de vista para considerarlas, colocándose en la época en que se escribieron, y pesando los recursos con que contó su autora, son una prueba maravillosa y un monumento inmortal de su larga y merecida celebridad. Entre todas las mujeres de México, Sor Juana Inés de la Cruz es la que se ha distinguido más por sus grandes talentos y su vastísima lectura e instrucción."

Victoriano Agüeros hablando del mal estado en que se hallaba la literatura española en el siglo XVII añade: "Sin embargo, por dicho maestro y para honor de nuestra patria, un grande ingenio, un verdadero portento, maravilla del siglo XVII, se abrió paso por entre los humildes poetas de la colonia, para dar vida, animación y vigor a la poesía mexicana: la célebre monja Sor Juana Inés de la Cruz. Esta inmortal poetisa, llamada por sus contemporáneos la décima musa, brilla desde entonces con encendido esplendor en el cielo literario de México, por su ingenio incomparable, su vastísima erudición y sus magníficas obras. Educada en el claustro, y entregada allí a su amoroso calor, a los apacibles goces del estudio, supo elevarse en alas de su imaginación privilegiada y poderosa, a las regiones de la sabiduría, para escribir después aquellas admirables profundas y eruditas páginas que todavía hoy leemos con asombro. Sor Juana es la madre de nuestra poesía, la fundadora de nuestra literatura, la única que siguiendo su inspiración propia fué la primera en dotarla de obras que la enriquecieron y la

y la honraron; pues, aunque antes de ella, según hemos visto, había habido innumerables poetas de inspiración o numen, la verdad es que todos estaban dominados por el mal gusto de la época, y sus vibraciones sólo eran eco de las liras de la Península; empapadas aquellas vibraciones, es cierto también en la más ardiente piedad religiosa, pero faltas absolutamente de aquellas galas de pensamiento y de forma, de aquellos enérgicos y vigorosos atavíos, que hacen imperecederas las creaciones del verdadero genio. No son perfectas las obras de Sor Juana; ni creo yo que pueden servir de modelo a la juventud estudiosa; pues, aunque en ellas hay fluides, novedad, y no pocas bellezas del lenguaje, la verdad es que incurrió también en las faltas del gongorismo, siendo a veces sobrado, artificioso y a veces sutil, confuso e ininteligible. Su colosal talento, sin embargo, hace desaparecer estos defectos, su inspiración, enérgica y viril no deja tiempo de observarlos, y de igual manera pone admiración la escogida riqueza de sus conocimientos, discretamente diseminados en sus obras con oportunidad y sin pedantería. No ha habido en México desde entonces un talento que iguale al de Sor Juana."

El señor Manuel Toussaint dice de su estilo: "Sor Juana cuando quiere, alcanza la pureza del primer siglo de oro. En sus poemas clásicos, el atrevimiento literario de Sor Juana pasa los límites en que se han encerrado tantos preceptores. Un hábito de modernidad se sospecha en sus Romances; en sus Villancicos hay una nota musical, suave, angelical. En todos sus poe-

mas obedece a una plena conciencia intelectual de su arte. Toda su obra ha sido trazada con mano segura, con clara inteligencia."

En su Historia Crítica de la poesía en México, Francisco Pimentel concuerda, por la mayor parte, con estas opiniones críticas, pero señala algunas defectos, menciona la trivialidad que se nota especialmente en sus villancicos, composiciones que se refiere a asuntos religiosos. El defecto más general que se nota en casi todas sus composiciones aun en sus mejores, es la incorrección, indicio de la falta de cuidado en escribir. Muchas veces en sus versos falta una sílaba o sobra una o más. En sus obras dramáticas el señor Pimentel halla una falta de sentimiento y entusiasmo especialmente en los autos sacramentales. Piensa él, que generalmente los diálogos no son bastante interesantes, y que son muy débiles algunas partes que deben ser lo contrario. Dice, que su comedia "Amor es más laberinto" tiene todos los defectos que pueden concurrir en una pieza dramática. Primero, la narración mitológica se halla alterada sin provecho del arte; la trama es demasiado complicada; en lugar de un gracioso, en esta comedia hay tres; hay un duelo en que muere uno de los galanes. Señala el señor Pimentel que los romanos y los griegos de la Edad Media no acostumbraban el duelo. Además en la comedia hay este incidente trágico que no debe tener lugar. Piensa que algunos sonetos suyos, las poesías líricas, sus romances y sus ovillejos son verdaderos epigramas. A pesar de los muchos defectos que halla en su obra, dice el señor Pi-

mentel: "Sor Juana caracteriza el mayor grado de perfección a que llegó la poesía en México, durante la época."

El señor Jiménez Rueda caracteriza a Sor Juana, "una poetisa dotada de verdadero espíritu...un gran poeta, el primero y más grande de su tiempo."

Héctor Ripa Alberdi dice: "La figura de Sor Juana se destaca como un oasis en la desolación literaria de su tiempo."

En escoger estas varias opiniones, o mejor dicho, estos extractos de muchos críticos, me sorprendió mucho que casi todas las opiniones son muy semejantes. ¿Es esto una prueba de que todos están de acuerdo perfecto, respecto de Sor Juana y sus obras? Parece que sí. Creo que he escogido las opiniones de suficientes autores para probarlo.

En cuanto a su misticismo no hallo esta misma unanimidad. El señor Ezequiel A. Chávez dice: "El sentimiento místico es el más profundo y el más constante sentimiento de Sor Juana. Con perspectiva clara y honda que en lo infinito se cierne y que hace concreto lo infinito, por que cuando lo expresa, una chispa de lo infinito fulge en su palabra; un arpegio de lo infinito resuena en sus versos. "

Dice Héctor Ripa Alberdi: "A pesar de su estado religioso, y de haber buscado en el dolor de la penitencia la escala celeste de purificación, no hallamos en sus versos la fisonomía espiritual de un temperamento místico. El misticismo requiere un amor tan alto y tan puro, y a la vez un calor sagrado tan hondo, que la personalidad humana se levanta sobre el mundo en férvido

anhelo de posesión divina. Es una especie de sabiduría celestial purificada en el fuego del fervor. "Donde la imaginación y el sentimiento predominan, la reflexión dormita," ha dicho Rousselot refiriéndose al temperamento de los místicos. Y precisamente lo contrario sucede en la obra de Sor Juana. En la mayor parte de sus composiciones sagradas, puede advertirse la labor de un espíritu que gusta más detenerse en la curiosidad de un retruécano que penetrar en la hondura del amor divino. Indudablemente que no todo el misticismo ha de ser contemplación angelical. Puede florecer en un espíritu sereno como el de San Juan de la Cruz, o en un temperamento luchador, como el de Raimundo Lulio, implacable enemigo del averroísmo. Al uno, su fervor lo llevaría a escribir el Cántico espiritual; y al otro a emprender una cruzada contra el isla-mismo o a escribir el Cántico del amigo y del amado. Pero a ambos la misma luz les iluminó el sendero y la misma llama les ardió en el corazón.

En cambio, a Sor Juana, a causa de la frivolidad de la vida colonial, le faltó acendramiento de espíritu para poner en sus estrofas esa inquietud que nos levanta en pos de una remota trascendencia. En sus Letras sagradas no se advierte el calor de una fe hondamente sentida; todo en ellas es juego de palabras y afán de cautivar al lector con la ondulación cambiante de su temperamento ingenioso. No tuvo la aptitud musical como Fray Luis de León, o la sencillez enjundiosa como Santa Teresa, para expresar el favor trascendental. Aca so pudo haberlo hecho en sus últimos años, pero entonces prefirió callar su fervor para

entregarse al martirio silencioso. Fué así un ave armoniosa en la tierra, a quien le faltaron alas para llevar hasta el cielo las canciones."

Genaro Fernández MacGregor nos dice: "No parece, pues, que la obra de Sor Juana revele otra cosa que una piedad cristiana, natural en una religiosa; una devoción que no se eleva, ni mucho menos, al éxtasis. Su vida, por otra parte, confirma esta manera de ver, pues se desarrolla en derredor del drama interior actuado entre sus dos magnas tendencias: la frivolidad y la reflexión. El espíritu frívolo no puede ser místico nunca. El de reflexión no triunfó en Sor Juana. Su misma vida enclaustrada acusa, hasta dos años antes de su muerte, una continua preocupación por lo que los teólogos morales llaman el Mundo y sus pompas y sus obras; y únicamente al iniciarse los dos años últimos que pasó en la tierra se verificó su conversión, ese cambio total de la base de sustentación del poliedro psíquico, que mudó por completo la orientación de sus planes."

En la mayoría los autores cuyos libros he leído no mencionan este misticismo de Sor Juana. ¿Es por qué se encuentra en las obras de un autor un reflejo de su propio espíritu? En mi humilde opinión creo que se encuentra en otra persona lo que se busca. Asimismo, en una obra literaria, en una pintura o en cualquier obra de arte se halla lo que se busca; por eso una obra o una persona, no es para todas la misma cosa, porque mucho depende del punto de vista de la persona. Cada ser humano tiene su propio modo de pensar, de clasificar y de interpretar las cosas. Así

es que los místicos pueden encontrar en la vida y en las obras de Sor Juana el elemento místico; los demás hallan en ella solamente una mujer extraordinaria; una mujer dedicada al estudio más que a la vida religiosa de monja; una monja con ideas ajenas al siglo en que nació; ideas propias y dignas de tiempos mucho más adelantados; una mujer que ingresó en el convento a los diez y siete años, pasando así la mayor parte de su vida encerrada dentro de los muros del convento; una mujer que se educó a sí misma por sus propios esfuerzos, pero a pesar de todo ella eclipsó a todos los poetas y escritores de su tiempo.

Al leer el Primer Sueño o Neptuno Alegórico, pero sobre todo al tratar de entenderlos puedo yo apreciar el defecto más notable que tiene la obra de Sor Juana; por otra parte puedo escoger otras muchas obras que expresan los mismos sentimientos y en una manera sencilla, sincera, clara y mucho más agradable que muchas poesías modernas que se consideran buenas. Creo que si las obras de un poeta pueden retener su interés humano y resultar agradables e interesantes, al lector de hoy día aunque ya han pasado desde que se escribieron más de dos siglos y media, su autora merece nuestra admiración más que si viviese hoy. Hay que tener presente que cualquier obra de ser humano, no puede llegar a la perfección, puesto que solamente es perfecta la obra de Dios, y por eso podemos escoger muchas poesías de Sor Juana que no perderán nunca su interés a causa de su entendimiento perfecto del corazón humano. El corazón humano no cambia, pero ha quedado lo mismo por todos los tiempos, por todas las edades.

La admiro a Sor Juana y su vida más que nunca, cuando me doy cuenta de que, aunque vivió en un país y en una época en que la mujer no tenía la libertad que tiene hoy día, por lo menos en mi propio país, ella pudo vencer todas las dificultades de que estaba rodeada, las costumbres sociales y religiosas de su época, los obstáculos contra los cuales ella tenía que luchar constantemente, los prejuicios contra su sexo y todos los antagonismos. A pesar de todo, queda la figura más importante de su época.

Hablando de las muchas habilidades de Sor Juana, sus ideas tan adelantadas para la época en que vivió, José María Vigil expresa este pensamiento:

"Esto me ha hecho pensar que Sor Juana, no sólo fué superior a la época en que vivió, sino que hoy mismo, a pesar de los grandes progresos realizados, no habría podido encontrar un medio social a propósito para sus aspiraciones sino en un pueblo como los Estados Unidos de América, los próximos a resolver el problema de la emancipación de la mujer."

Es bastante curioso para mí que todos los biógrafos y todos los críticos cuyos libros he podido hallar son hombres. En la mayoría, son bastante justos para con Sor Juana pero hay algunos que, al parecer, no pueden tolerar la idea que una mujer superó a todos los hombres de su época, sobre todo cuando se trata de la inteligencia. Uno, no me acuerdo ahora de su nombre, ha dicho que ella no tenía la habilidad de pensar de veras, sino la habilidad de leer y aprender de memoria los pensamientos de los hombres. Otro, el señor MacGregor dice: "La sabiduría

es el adorno que menos sienta a la mujer." En mi opinión, Sor Juana Inés de la Cruz a causa de la posición singular que ocupa en la literatura mexicana, y a causa de su vida extraordinaria vivirá después de que sus críticos hayan sido olvidados.

Todos están de acuerdo respecto a su erudición. Hay muchas pruebas de esta erudición.

El Sr. Eguiara y Eguren cuenta estos sucesos interesantísimos en que nos dice algo oído de boca de testigos fidedignos: "En el tiempo en que era muy grande la fama de la monja mexicana, aunque todavía en vida suya, llegó a México, habiendo estado ya en cierta ocasión en América como delegado, el Ilustrísimo Obispo de la Orden de San Agustín, de la cual era teólogo y maestro doctísimo el español Fray Antonio Gutiérrez, el cual se burlaba de la fama de erudición de Juana Inés, creyéndola falsa y fingida y sospechando que se fundara toda en sus versos que quizás algún docto varón dictaba o sugería a la poetisa. Estaba relacionado Gutiérrez, por el trato y la amistad, con el insigne varón Oidor Real en México, don Juan de Aréchaga que hablaba grandes cosas de la monja, a la cual frecuentaba en conversaciones familiares a veces y a veces eruditas. Cuando Gutiérrez se dió cuenta de esto, se mostró asombrado de que un varón tan circunspecto y docto fuera también engañado por la astucia de una mujer y creyera por un fraude en la erudición de Juana Inés. Aréchaga, para quitar esta opinión a Gutiérrez y mostrar ante sus ojos la sólida e insigne erudición de aquella mujer, lo invitó encarecidamente a visitar el convento de San

Jerónimo, para que hablara personalmente con la monja y tuviera así una prueba de su sabiduría que fuera, en lo futuro, un testimonio de excepcional importancia. Se fijó el día de la entrevista, y acompañando Gutiérrez a Aréchaga, visitó a la monja, y después de los saludos de rigor, le habló, intencionalmente, sobre asuntos literarios, y cuando encontró ocasión le preguntó y consultó sobre muchas cosas remotas esparcidas. Le preguntó acerca de los libros que tenía en su biblioteca, por cierto muy selecta e instructiva. Ella mencionó a los historiadores, enumeró a los mitólogos y poetas, habló de los matemáticos, filósofos y gramáticos para responder a las preguntas de Gutiérrez; llevada por él insensiblemente al terreno de los escritores teológicos después de hablar un poco sobre teología especulativa y moral, disertó sobre la Biblia y la Oratoria Sagrada y fué inducida, hábilmente, hasta las más raras y abstrusas disquisiciones de la Sagrada Ciencia. Era él de los censores teológicos en el Sagrado Tribunal, del cual había recibido en aquellos días un asunto difícil para resolver por escrito, sumamente intrincado y difícil, que después de mucho estudio todavía no podía solucionar. Rogó, pues, a Juana que se sirviera indicarle algunos libros que trataron de asuntos referentes al Tribunal de la Inquisición, y como ella indicó los más conocidos y famosos, y recordó sus doctrinas, temas y principales capítulos, entonces Gutiérrez encontró oportunidad de exponer el asunto que se le había propuesto, citando las opiniones y respuestas de los autores sobre aquel particular. A propósito de esto, la monja

examinó las sentencias de los más célebres doctores, citando a Diana, Bordonio, Carona, Dolbene y otros muchos, y agregando que ella tenía un autor más reciente que trataba el asunto más abundantemente y lo aclaró con mayor éxito, con estos y aquellos argumentos, y disertó sobre todo esto tan luminosa, docta y eruditamente que, grandemente admirado Gutiérrez, le suplicó que le prestara aquel libro. Salí de allí atónito de haber visto a aquella mujer de tan varia y vastísima erudición y conté a sus amigos que había recibido de ella la resolución de una gravísima duda, afirmando desde entonces que Juana era admirable por todos conceptos y superior a toda alabanza. Pero antes de pasar a otros asuntos deseo agregar otro ejemplo que viene a nuestro propósito. Tenía con Juana Inés frecuentes conversaciones eruditas el padre Manuel de Argüello, de la Orden de San Francisco, el cual cultivaba la polémica escolástica de aquel tiempo, con los principales hombres de letras, y se le había propuesto para rebatirla una tesis sumamente rara, filosófica o teológica (porque estamos dudosos de que haya sido de esta o aquella facultad) cuyos datos no había podido encontrar en ningún libro impreso. El día en que por la tarde debía rebatir aquella tesis, visité a Juana Inés por la mañana y le dié noticias de aquella controversia escolástica. Ella cuando se enteró del asunto, afirmó que había leído ya esa tesis, cuyos fundamentos explicó, proponiendo las objeciones que pudieron hacerse y volviéndola más grave con muchos nuevos argumentos, previno la solución, y agregó argumentos ulteriores, con los cuales Argüello, pertrechado,

se presentó al certamen por la tarde, y con tanta fuerza apremió a sus opositores que, con mucho trabajo, lograron estos salir de las dificultades, recibiendo él, un caluroso aplauso de los sapientísimos varones que estaban presentes; después declaró, públicamente, puesto que era ingenuo y sincero, que aquellas alabanzas debían tributarse a Juana Inés que le había sugerido un argumento poderosísimo y muchas objeciones a tal propósito."

### III

#### Defensa de la Mujer

Como ya he dicho, la crisis que provocó su impugnación del sermón del Padre Vieyra cambió por completo la vida de Sor Juana. Esta Carta Atenagórica causó tanta crítica que D. Mamel Fernández de Santa Cruz, Obispo de Puebla le escribió una carta en que, después de alabar su impugnación del sermón siguió así:

"Yo, a lo menos, he admirado la viveza de los conceptos, la discreción de las pruebas y la enérgica claridad con que convence el asunto-compañera inseparable de la sabiduría,—que por eso la primera voz que pronunció la Divina fué Luz, porque sin claridad no hay voz de sabiduría.... Este es uno de los muchos beneficios que debe usted a Dios, porque la claridad no se adquiere con el trabajo e industria; es don que se infunde con el alma.

Pocas criaturas deben a su Majestad mayores talentos en lo natural, con que ejecuta al agradecimiento, para que si hasta aquí los ha empleado bien—que así lo debo creer, de quien profesa tal Religión—en adelante sea mejor. Notorio es a todos que el estudio y saber han contenido a usted en el estado de súbdita y que la han servido de perfeccionar primores de obediente; pues si las demás religiosas por la obediencia sacrifican la voluntad, usted cautiva el entendimiento, que es el más arduo

y agradable holocausto que puede ofrecerse en las aras de la Religión. No pretendo, según este dictamen, que usted mude el genio renunciando los libros, sino que le mejore leyendo alguna vez el de Jesucristo.

Mucho tiempo ha gastado en el estudio de filósofos y poetas; y será razón que se perficionen los empleos y que mejoren los libros.

Esclavas son las letras humanas y suelen aprovechar a las divinas; pero deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la Sabiduría Divina, haciéndose señoras las que se destinaron a la servidumbre; comendables son cuando el motivo de la curiosidad, que es vicio, se pasa a la estudio-sidad, que es virtud. No es poco el tiempo que ha empleado usted en estas ciencias curiosas; pase ya, como el gran Boecio a las provechosas, juntando las sutilezas de la natural, la utilidad de una filosofía moral. Lástima es que un tan grande entendimiento de tal manera se abata a las rateras noticias de la tierra; que no desee penetrar lo que pasa en el cielo.... ¡Oh, qué átilmente otras veces se engolfara ese rico galeón de su ingenio en la alta mar de las perfecciones divinas!".....

Esta carta firmada con el pseudónimo Sor Filotea de la Cruz, la hirió a Sor Juana en la parte más sensible de su alma. Fué escrita a fines de 1690 pero ella no la contestó hasta marzo del año siguiente, cuando escribió su Respuesta a Sor Filotea de la Cruz. Esta carta suya es la obra en prosa más conocida y más preciosa que tenemos, porque en ella nos da los datos más

interesantes de su vida y su temperamento. Es una obra perfectamente en consonancia con el espíritu de Sor Juana. No se hallan las falsas retóricas que existen en algunas obras suyas. Es una obra erudita, profunda, y como defensa de la mujer, sobre todo como defensa de su derecho de leer, de estudiar, de aprender todo y de pensar por sí misma, es digna de tiempos mucho más adelantados que la época en que vivió su autora. Es uno de los documentos más interesantes que ha escrito una mujer.

Dice Amado Nervo: "La Respuesta es el más bello documento que nos queda sobre la vida de la gran monja, el espejo, donde se copia su imagen gigantesca. Léanla quienes tengan amor a la musa no décima, sino única de aquel tiempo, a la más radiante figura de mujer que haya atravesado nunca por los panoramas de nuestras historias."

Esta carta nos revela la tendencia de su espíritu a la libertad; no solamente la libertad de pensar sino también la libertad para expresarse. Además, en esta respuesta se nota, más que en otra obra suya, un espíritu de rebelión contra las costumbres que no permitían a su sexo la libertad que ella consideró el derecho de todo ser humano.

Hablando de esta carta Amado Nervo dice que "su único defecto es el exceso de erudición; como lo fué por la alteza de su espíritu." La describe de esta manera: "tan digna, tan elevada, tan ingenua, tan sabia, tan varia e intensa, en que ya acata, ya replica, ya se yergue cuán grande es, ya narra su vida, ya discute sus inclinaciones, ya se analiza, ya deja desbordar su eru-

dición pasmosa, ya gime, ya sonríe, ya besa la mano que la hiere, ya, sobre todo, defiende los derechos y la dignidad de la mujer, con tal acierto y tal calor, que si en México hay algún día centros feministas, deben declarar a Sor Juana su presidenta de honor."

Dice Sor Juana al principio que va a escribir con la verdad y claridad que es costumbre en ella. Con esa claridad, sencillez, y humildad que son cualidades propias de ella pregunta: ¿De dónde, venerable señora, de dónde a mí tanto favor? ¿Por ventura soy más que una pobre monja, la más mínima criatura del mundo y la más indigna de ocupar vuestra atención?... No es afectada modestia, señora, sino ingenua verdad de toda mi alma que al llegar a mis manos, impresa la carta que vuestra propiedad llamó Atenagórica, prorrumpe (con no ser esto en mí muy fácil) en lágrimas de confusión, porque me pareció que vuestro favor no era más que una reconvención que Dios hace a lo mal que le corresponde.... Es más primoroso medio de castigar hacer que yo misma con mi conocimiento, sea el juez que me sentencie y condene mi ingratitud. Y así, cuando esto considero acá a mis solas, suelo decir: Bendito seáis vos, Señor, que no sólo no quisisteis en manos de otra criatura el juzgarme, y que ni aun en la mía lo pusisteis, sino que lo reservasteis a la vuestra, y me librasteis a mí de mí, y de la sentencia que yo misma me daría, que, forzada de mi propio conocimiento, no pudiera ser menos que de condenación, y vos la reservasteis a vuestra misericordia, porque me amáis más de lo que yo me puedo amar....

El no haber escrito mucho de asuntos sagrados no ha sido desafición, ni de aplicación la falta, sino sobra de temor y reverencia debida a aquellas Sagradas Letras, para cuya inteligencia yo me conozco tan incapaz y para cuyo manejo soy tan indigna....Pues ¿cómo me atreviera yo a tomarlo en mis indignas manos, repugnándolo el sexo, la edad y sobre todo las costumbres? Y así confieso que muchas veces este temor me ha quitado la pluma de la mano y ha hecho retroceder los asuntos hacia el mismo entendimiento de quien querían brotar; el cual inconveniente no topaba en los asuntos profanos, pues una herejía contra el arte no la castiga el Santo Oficio, sino los discretos con risa y los críticos con censura...Y, a la verdad yo nunca he escrito sino violentada y forzada y sólo por dar gusto a otros....porque nunca he juzgado de mí que tenga el caudal de le tras e ingenio que pide la obligación de quien escribe;...¿qué entendimiento tengo yo? ¿qué estudio? ¿qué materiales? ¿ni qué noticias para eso? sino cuatro bachillerías superficiales; dejen eso para quien lo entienda, que yo no quiero ruido con el Santo Oficio, que soy ignorante y tiemblo de decir alguna proposición malsonante, o torcer la genuina inteligencia de algún lugar. Yo no estudio para escribir, ni menos para enseñar, que fuera en mí desmedida soberbia, sino sólo por ver si con estudiar ignoro menos. Así lo respondo y así lo siento.

"El escribir nunca ha sido dictamen propio, sino fuerza ajena....Lo que si es verdad que no negaré que desde que me rayó la primera luz de la razón, fué tan vehemente y poderosa

la inclinación a las letras que ni ajenas reprensiones (que he tenido muchas) ni propias reflexas (que he hecho no pocas) han bastado a que deje de seguir este natural impulso que Dios puso en mí: su Majestad sabe por que y para que: y sabe que le he pedido que apague la luz de mi entendimiento dejando sólo lo que baste para guardar su Ley, pues lo demás sobra, según algunos, en una mujer; y aun hay quien diga que daña. Sabe su Majestad que he intentado sepultar, con mi nombre, mi entendimiento y sacrificárselo sólo a quien me lo dió, y que no otro motivo me entró en la Religión, no obstante que al desembarazo y quietud que pedía mi estudiosa intención eran repugnantes los ejercicios y compañía de una comunidad.

"Prosiguiendo en la narración de mi inclinación, de que es quiero dar entera noticia, digo que no había cumplido los tres años de mi edad cuando enviando mi madre a una hermana mía, mayor que yo, a que enseñase a leer en una de las que llaman *Anigos*, me llevó a mí tras ella el cariño y la travesura; y viendo que le daban lección, me encendí yo de manera en el deseo de saber leer que engañando, a mi parecer, a la maestra, le dije que mi madre ordenaba que me diese lección. Ella no lo creyó porque no era creíble; pero para complacer al donaire me la dió. Proseguí yo en ir y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la experiencia; y supe leer en tan breve tiempo que ya sabía cuando lo supo mi madre, a quien la maestra lo ocultó por darle gusto por entero y recibir el galardón por junto; y yo lo callé, creyendo que me azotarían por haberlo hecho sin orden.

Me abstenia de comer queso, porque oí decir que hacía rudos, y podía conmigo más el deseo de saber que el deseo de comer, siendo éste tan poderoso en los niños. Teniendo yo después como seis o siete años, y sabiendo ya leer y escribir, con todas otras habilidades de labores y costuras que deprenen las mujeres, oí decir que había Universidad y Escuelas en México: y apenas lo oí cuando empecé a matar a mi madre con instantes e importunos ruegos sobre que, mudándome el traje, me enviase a a México, en casa de unos deudos que tenía, para estudiar y cursar la Universidad; ella no lo quiso hacer, e hizo muy bien, pero despiqué el deseo en leer muchos libros varios que tenía mi abuelo, sin que bastasen castigos, ni reprensiones a estorbarlo: de manera que cuando vine a México se admiraban, no tanto del ingenio, cuanto de la memoria y noticias que tenía, en edad que parecía que apenas había tenido tiempo para aprender a hablar.

"Empecé a deprender gramática, en que creo no llegaron a veinte las lecciones que tomé," sigue aquí su cuenta de la mutilación de su cabello por su torpeza de aprender, dándose el tiempo que requirió crecer otra vez para aprender una cosa que había propuesto aprender, creyendo ella que el más apetecible adorno de la cabeza era lo que se hallaba adentro.

Nos da las razones que la hicieron entrar en el convento; razones que ya he discutido en otro capítulo. Concluye ella así: "Pensé yo que huía de mí misma pero ¡miserable de mí! trájeme a mí conmigo y traje mi mayor enemigo en esta inclinación: que no se determinar si por prenda o castigo me dió el cielo, pues de

apagarse o de desembarazarse con tanto ejercicio que la Religión tiene, reventaba como pólvora y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus*.

"Volví (mal dije, pues nunca cesé) proseguí, digo a la estudiosa tarea de leer y más leer; de estudiar y más estudiar; sin más maestro que los mismos libros... Todo este trabajo sufría yo muy gustosa por amor de las letras. ¡Oh si hubiese sido por amor de Dios, que era lo acertado, cuánto hubiera merecido! --Con esto proseguí dirigiendo siempre, como he dicho, los pasos de mi estudio a la cumbre de la Sagrada Teología; pareciéndome preciso, para llegar a ella, subir por los escalones de las ciencias y artes humanas; porque como entenderá el estilo de la Reina de las Ciencias quien aun no sabe el de los ancillas?"

Aquí Sor Juana explica muy en detalle los usos prácticos que tienen las ciencias, explicando para qué es necesario entender cada una. Concluye así: "Y, en fin, como el Libro que comprende todos los libros, y la ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven, y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil ni aun posible) pide otra circunstancia más que todo lo dicho, que es una continua oración y pureza de vida, para interpretar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente, que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás....."

"Pues yo, tan distante de la virtud y las letras, ¿cómo había de tener ánimo para escribir? Y así por tener algunos

principios granjeados, estudiaba continuamente diversas cosas, sin tener para alguna particular inclinación, sino para todas en general; por lo cual, el haber estudiado en unas más que en otras, no ha sido en mi elección, sino que adaso de haber topado más a mano libros de aquellas facultades les ha dado, sin arbitrio mío, la preferencia.... Casi a un tiempo estudiaba diversas cosas o dejaba unas por otras, bien que en eso observaba orden, porque a unas llamaba estudio y a otras diversión; y en éstas descansaba de las otras: de donde se signe que he estudiado muchas cosas y nada sé, porque las unas han embarazado o las otras.... En esto sí confieso que ha sido inexplicable mi trabajo; y así no puedo decir lo que con envidia oigo a otros que no les ha costado afán el saber: dichosos ellos. *Amí*, no al saber (que aún no sé): sólo el desear saber me le ha costado tan grande.....

"Bien se deja en esto conocer cuál es la fuerza de mi inclinación. Bendito sea Dios que quiso fuese hacia las letras y no hacia otro vicio, que fuera en mí casi insuperable; y bien se infiere también cuán contra la corriente han navegado (o, por mejor decir, han naufragado) mis pobres estudios. Pues aun falta por referir lo más arduo de las dificultades; que las de hasta aquí sólo han sido esterbos obligatorios y casuales que indirectamente lo son; y faltan los positivos que directamente han tirado a estorbar y prohibir el ejercicio. ¡quién no creera, viendo tan generales aplausos, que he navegado viento en popa y mar en leche, sobre las palmas de las aclamaciones co-

munes? Pues Dios sabe que no ha sido muy así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales éspides de emulaciones y persecuciones cuantas no se podrá contar y los que más nocivas y sensibles para mí han sido, no son aquellos que, con declarado odio y malevolencia, me han perseguido, sino los que amándome y deseando mi bien (y por ventura, mereciendo mucho con Dios por la buena intención) me han mortificado y atormentado más que los otros con aquel: No conviene, a la santa ignorancia que debe, este estudio; se ha de perder, se ha de desvanecer en tanta altura con su misma perspicacia y agudeza. ¿qué me habrá costado resistir esto. ¡Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo! Pues por la (en mí dos veces infeliz) habilidad de hacer versos, aunque fuesen sagrados. ¿qué pesadumbres no me han dado?

"Aquella ley políticamente bárbara de Atenas por la cual sabía desterrado de su República el que se señalaba en prendas y virtudes para que no tiranizase con ellas la libertad pública, todavía dura, todavía se observa en nuestros tiempos,....pero hay otra que es aborrecer al que señala porque deslucen a otros.

Así sucede y así sucedió siempre....

"Suelen en la eminencia de los templos colocarse por adorno unas figuras de los vientos y de la fama y por defenderlas de las aves, las llenan todas de púas; defensa parece y no es sino propiedad forzosa; no puede estar sin púas que la puncean quien está en alto; allí está la ojeriza del aire; allí es el rigor

de los elementos; allí despican la colera los rayos; allí es el blanco de piedra y flechas. ¡Oh infeliz altura expuesta a tantos riesgos! ¡Oh signo que te ponen por blanco de la envidia y por objeto de la contradicción! Cualquier eminencia, ya sea de dignidad, ya de nobleza, ya de riqueza, ya de hermosura, ya de ciencia, padece esta pensión; pero la que con más rigor la experimenta es la del entendimiento. Lo primero porque es el más indefenso, pues la riqueza y el poder castigan a quien se les atreve; y el entendimiento no, pues mientras es mayor, es más modesto y sufrido y se defiende menos. Lo segundo es porque, como dijo doctamente Gracián, las ventajas en el entendimiento lo son en el ser.

"No por otra razón es el ángel más que el hombre que porque entiende más; no es otro el exceso que el hombre hace al bruto, sino sólo entender; y así como ninguno quiere ser menos que otro, así ninguno confiesa que otro entiende más, porque es consecuencia del ser más. Sufirá uno y confesará que otro es más noble que él; que es más rico; que es más hermoso; y aun que es más docto; pero es más entendido apenas habrá quien lo confiese. Por eso es tan eficaz la batería contra esta prenda....cabeza que es erario de sabiduría no espere otra, corona que de espinas.....En todo lo dicho no quiero (ni tal desatino no cupiera en mí) decir que me han perseguido por saber, sino sólo porque he tenido amor a la sabiduría y a las letras, no porque he conseguido ni uno, ni otro....yo confieso que me hallo muy distante de los términos de la sabiduría y

y que la he deseado seguir aunque a lonce. Pero todo ha sido acercarme mas al fuego de la persecución, al crisol del tormento; y ha sido con tal extremo que han llegado a solicitar que se me prohiba el estudio.

"Una vez lo consiguieron con una prelada muy santa y muy cándida que creyó que el estudio era cosa de Inquisición y me mandó que no estudiase. Yo la obedecí (unos tres meses que duró el poder ella mandar) en cuanto a no tomar libro, que en cuanto a no estudiar absolutamente, como no cae debajo de mi potestad, ni lo pude hacer, porque aunque no estudiaba en los libros, estudiaba en todas las cosas que Dios crió, sirviéndome ellas de letras y del libro toda esta máquina universal. Nada veía sin refleja; nada oía sin consideración."

Así es que condenada a una vida, o mejor dicho algunos meses sin libros, observaba todo, meditaba todo y seguía aprendiendo muchas cosas que no se hallaban en los libros de la época. Dice: "Así yo, vuelvo a decir, las miraba y admiraba todas, de tal manera que las mismas personas con quienes hablaba, y de lo que me decían, me estaban resaltando mil consideraciones; de dónde emanaría aquella variedad de genios e ingenios, siendo todos de una misma especie; cuales serían los temperamentos y ocultas cualidades que lo ocasionaban. Si veía una figura, estaba combinando la porción de sus líneas, y midiéndola con el entendimiento, y reduciéndola a otras diferentes. Paseábame algunas veces en el testero de un dormitorio nuestro, que es una pieza muy capaz, y estaba observando que, siendo las líneas de

sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que su techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo; de donde infería que las líneas visuales corren rectas, pero no paralelas, sino que van a formar una figura piramidal. Y discurría si será ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no; porque, aunque lo parece, podía ser engañado de vista, demostrando concavidades donde pudiera no haberlas."

Ella nos dice que en otra ocasión, a causa de una enfermedad, los médicos le prohibieron el estudio. Pasó algunos días sin sus libros y entonces ella les propuso que era menos dañoso el concederle los libros porque sus cogitaciones eran tan fuertes y tan vehementes que consumían mas espíritus en un cuarto de hora que el estudio de los libros en cuatro días.

Sigue ella hablando de sus estudios y sus observaciones. Dice: "Si estos, señora, fueran méritos (como los veo por tales celebrar en los hombres) no lo hubieran sido en mí, porque obro necesariamente: si son culpa, por la misma razón, creo que no la he tenido; más, con todo, vivo siempre tan desconfiada de mí, que ni en esto, ni en otra cosa me fío de mi juicio.....Esto no ha sido más que una simple narración de mi inclinación a las letras. Confieso también que con ser esto verdad, tal que, como he dicho, no necesitaba de ejemplares, con todo no me han dejado de ayudar los muchos que he leído, así en divinas como en humanas letras." Aquí menciona Sor Juana las obras y las virtudes de las mujeres de la historia y de la Biblia; las mujeres

que hicieron grandes obras en sus épocas y cita que a ellas no les fué prohibido hacer tales cosas, "El leer públicamente en las cátedras; y predicar en los pulpitos no es lícito a las mujeres - continúa ella pero que el estudiar, escribir y enseñar privadamente, no sólo les es lícito, pero muy provechoso y útil; claro está que esto no se debe entender con todas, sino con aquellas a quienes hubiere Dios dotado de especial virtud y prudencia y que fueren muy provecetas y eruditas y tuvieren el talento y requisitos necesarios para tan sagrado empleo. Y esto es tan justo que no sólo a las mujeres, que por tan ineptas están tenidas, sino a los hombres, que con sólo serlo, piensan que son sabios, se había de prohibir la interpretación de las Sagradas Letras, en no siendo muy doctos y virtuosos y de ingenios dociles y bien inclinados: ---porque hay muchos que estudian para ignorar, especialmente los que son de ánimos arrogantes, inquietos y soberbios.---A estos más daño les hace el saber que les hiciera el ignorar. Y añado yo que le perficiona (si es perfección la necesidad) el haber estudiado su poco de filosofía y teología y el tener alguna noticia de lenguas, que con eso es necio en muchas ciencias y lenguas: porque un necio grande no cabe en sólo la lengua materna. A estos, vuelvo a decir, hace daño el estudiar, porque es poner espada en manos del furioso; que siendo instrumento nobilísimo para la defensa, en sus manos es muerte suya y de muchos.....mientras más estudian, peores opiniones engendran, obstruyéndoles el entendimiento con lo mismo que había de alimentarse, y es que estudian mucho y digieren

poco, sin proporcionarse al vaso limitado de sus entendimientos....

" ¡Oh si todos, y yo la primera, que soy una ignorante, nos tomásemos la medida al talento antes de estudiar, y lo peor es, de escribir, con ambiciosa codicia de igualar y aun de exceder a otros, que poco ánimo nos quedara y de cuántos errores nos excusáramos y cuantas torcidas inteligencias que andan por ahí, no anduvieran! Y pongo las mías en primer lugar, pues si conociera, como debo, esto mismo no escribiera. Y protesto que sólo lo hago por obedeceros."

Creía Sor Juana firmemente en la educación de la mujer, como hemos visto y creía también que sería mucho mejor que la mujer enseñase a las niñas; la educación de la mujer por la mujer. Así lo expresa:

" ¡Oh cuántos daños se excusaran en nuestra república si las ancianas fueran doctas como Leta, y que supieran enseñar como manda San Pablo y mi Padre San Jerónimo! Y no que por defecto de esto y la suma flojedad en que han dado en dejar a las pobres mujeres, si algunos padres desean doctrinar más de lo ordinario a sus hijas, les fuerza la necesidad y falta de ancianas sabias, a llevar maestros hombres a enseñar a leer, escribir y contar, a tocar y otras habilidades de que no pocas daños resultan, como se experimentan cada día en lastimosos ejemplos de desiguales consorcios, porque con la inmediación del trato y la comunicación del tiempo, suele hacerse fácil lo que no se pensó ser posible. Por lo cual, muchos quieren más dejar bárbaras e incultas a sus hijas que no exponerlas a tan notorio peligro

como la familiaridad con los hombres.

Cita Sor Juana que la Iglesia permite escribir a las mujeres santas y no santas y otra vez repite: "Lo que he deseado es estudiar para ignorar menos: que (según San Agustín) unas cosas se aprenden para hacer y otras para sólo saber. Pues, ¿en qué ha estado el delito, si aun lo que es lícito a las mujeres, que es enseñar escribiendo, no hago yo porque conozco que no tengo caudal para ello.

"Si el crimen está en la carta Atenagórica ¿fue aquella más que referir sencillamente mi sentir con todas las venias que debo a nuestra Santa Madre Iglesia? Pues si ella, con su santísima autoridad, no me lo prohíbe, ¿por qué me lo han de prohibir otros? Llevar una opinión contraria de Vieyra fue en mí atrevimiento ¿y no lo fue en su paternidad llevarla contra los tres Santos Padres de la Iglesia? Mi entendimiento, tal cual, ¿no es tan libre como el suyo, pues viene de un solar? Es alguno de los principios de la Santa Fé, revelados, su opinión para que la hayamos de creer a ojos cerrados? Demás que yo ni falté al decoro que a tanto varón se debe:....ni escribí más que para el juicio de quien me lo insinuó...que si creyera se había de publicar no fuera con tanto desaliño como fue. Si es, como dice el censor, herética, ¿por qué no la delata? y con eso el quedará vengado y yo contenta, que aprecio, como debo, más el nombre de Católica y de obediente hija de mi Santa Madre Iglesia, que todos los aplausos de docta. Si está bárbara, que en eso dice bien, ríase, aunque no le digo que me aplauda,

pues como yo fui libre para disentir de Vieyra, lo será cualquiera para disentir de mi dictamen.

"Pues si vuelvo los ojos a la tan perseguida habilidad de hacer versos, que en mí es tan natural, que aun me violento para que esta carta no lo sean. Viéndola condenar a tantos tanto y acriminar, he buscado muy de propósito cual sea el daño que pueden tener, y no le he hallado, antes si los veo aplaudidos en las bocas de las Sibilas; santificados en las plumas de los Profetas, especialmente el Rey David. Los más de los Libros Sagrados están en metro, como el Cántico de Moisés; y los de Job.... Pues si está el mal en que los use un ~~autor~~ autor, ya se ve cuantas los han usado loablemente, pues ¿en qué está el serlo yo? Confieso desde luego mi ruindad y vileza; pero no juzgo que se habrá visto una ~~copla~~ copla mía indecente. Demás, que yo nunca he escrito cosa alguna por mi voluntad, sino por ruegos y preceptos ajenos; de tal manera, que no me acuerdo haber escrito por mi gusto sino es un papelillo que llaman el Sueño. Esa carta que vos, señora mía, honrasteis tanto, la escribí con más repugnación que otra cosa.....

"Yo de mí puedo asegurar que las calumnias algunas veces me han hecho daño porque yo tengo por muy necio al que teniendo ocasión de merecer, pasa el trabajo y pierde el mérito, que es como los que no quieren conformarse al morir y al fin mueren sin servir su resistencia de escusar la muerte, sino de quitarles el mérito de la conformidad y de hacer mala muerte, la

muerte que podía ser bien. Y así, señora mía, estas cosas creo que aprovechan más que dañan, y tengo por mayor el riesgo de los aplausos en la flaqueza humana....Y así en lo poco que se ha impreso mío, no sólo mi nombre pero ni el consentimiento para la impresión ha sido dictamen propio, sino libertad ajena que no cae debajo de mi dominio; como lo fué la impresión de la Carta Atenagórica.

"Si algunas otras cosillas escribiere siempre irán a buscar el sagrado de vuestras plantas y el seguro de vuestra corrección, pues no tengo otra alhaja con que pagaros, y, en sentir de Séneca, el que empezó a hacer beneficios se obligó a continuarlos....Y mantened me en vuestra gracia, para impetrarme la divina, de que os conceda el Señor muchos aumentos y os guarde, como lo suplico y he menester. De este Convento de N. Padre San Jerónimo de México, a primera día del mes de marzo de mil seiscientos y noventa y un años. B. V. M. vuestra más favorecida

Sor Juana Inés de la Cruz.

Al terminar esta obra monumental de Sor Juana, no puedo menos de preguntarme si podría haberla leído el escritor que dijo que ella no pudo pensar de veras, sino que leyó y aprendió de memoria los pensamientos de otros.

Los villancicos a Santa Catarina que Sor Juana compuso en el año de 1691, el mismo año en que escribió la carta ya citada, debían de haber sido entre sus últimos versos. Incuestionablemente los compuso en defensa de sí misma porque en estos versos

resuena un eco de las angustias de su propia vida; angustias causadas por las hostilidades contra las cuales había tenido que luchar. Qué expresivas de este sentimiento son estas coplas y qué defensa más excelente de su sexo.

Contra una tierna rosa  
mil cierzos se conjuran;  
¡oh que envidiada vive  
con ser breve, la edad de la hermosura!

Porque es bella la envidian,  
porque es docta la emulan;  
¡oh qué antiguo en el mundo  
es regular los méritos por culpas!

De gigantes cuchillos  
en el filo aseguran  
a un aliento, mil soplos;  
a un solo corazón, inmensos puntos.

Contra una sola vida  
tantas muertes procuran;  
que es el rencor cobarde,  
y no se aseguraba bien con una.

De una mujer se convencen  
todos los sabios de Egipto,  
para prueba que el sexo  
no es esencia en lo entendido.

Prodigio fué, y aun milagro  
pero no estuvo el prodigio  
en vencerlos, sino en que  
ellos se den por vencidos.

¡Qué bien se ve que eran sabios  
en confesarse rendidos!  
que es triunfo el obedecer  
de la razón el dominio.

Las luces de la verdad  
no se oscurecen con gritos;  
que su eco sabe valiente  
sobresalir del ruido.

No se avergüenzan los sabios  
de mirarse convencidos;

porque saben como sabios,  
que su saber es finito.

Estudia, arguye y enseña,  
y es de la Iglesia servicio,  
que no la quiere ignorante  
el que racional la hizo.

¡Oh qué soberbios vendrían  
al juntarlos Maximino!  
Mas salieron admirados  
los que entraron presumidos.

¡Vencidos con ella todos  
la vida dan al wuchillo!  
¡Oh cuánto bien se perdiera  
si docta no hubiera sido!

Nunca de varón ilustre  
triunfo igual habemos visto;  
y es, que quiso Dios en ella  
honrar el sexo femenino.

Perdióse (¡oh dolor!) la forma  
de sus doctos silogismos;  
pero, los que no con tinta  
dejó con su sangre escritos.

En esta última estrofa se ve, como profecía, su propio acto de firmar con su sangre las protestas de fe que escribió en sus últimos años.

El villancico final es interesantísimo porque se nota tan claramente el espíritu travieso de Sor Juana.

Un prodigio les canto  
¿que, que, que, que, que?  
Es Esperen, aguarden, que yo lo diré.  
¿cuál es?  
Diga aprisa, que ya  
rabo por saber.  
Esperen, aguarden, que yo lo diré.  
Coplas.

Érase una niña  
como digo a usted  
cuyos años eran  
ocho sobre diez  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Esta, (¿qué es yo  
cómo pudo ser?)  
diz que supo mucho  
aunque era mujer.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré

Porque como dizque  
dice no sé quién  
ellas sólo saben  
hilar y coser.  
Esperen, aguarden  
que yo lo diré.

Pues, ésta a hombres grandes  
pudo convencer;  
que a un chico cualquiera  
lo sabe envolver.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Y aun una santita  
dizque era también,  
sin que le estorbasse  
para eso el saber.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Pues como Patillas  
no duerme, al saber,  
que era sante y docta,  
se hizo un Lucifer.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Porque tiene el diablo  
esto de saber,  
que hay mujer que sepa  
más que supo él.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Pues con esto, ¿qué hace?  
viene y tienta un Rey,  
que a ella la tentara  
a dejar su Ley.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Tentóla de recio  
mas ella ;pardiez!  
se dejó mbrir  
antes que vencer.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

No pescuden más,  
porque mas no sé,  
de que es Catarina  
para siempre, amén.  
Esperen, aguarden,  
que yo lo diré.

Me sorprende la actitud de reto que se ve en estos villancicos. Revelan un espíritu de rebeldía por parte de su autora; se nota otra vez su vehemente defensa de la mujer y su derecho de saber. Parece que hay una profunda verdad simbólica en esta leyenda de Santa Catarina.

Sor Juana entendió muy bien las injusticias de los juicios de los hombres respecto de las mujeres. ¿qué debían de haber sido sus desengaños, sus desilusiones y las injusticias sufridas u observadas, para que ella escribiese las redondillas siguientes en defensa de las mujeres y en censura de los hombres?

Hombres necios, que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis;

Si con ansia sin igual,  
solicitáis su desdén,  
¿Por qué queréis que obren bien  
si las incitáis al mal?

Combatís su resistencia,  
y luego con gravedad,  
decís que fué liviandad  
lo que hizo la diligencia.

Parecer quiere el demedo  
de vuestro parecer loco,  
al niño que pone el coco,  
y luego le tiene miedo.

queréis con presunción necia,  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais,  
y en la posesión, Lucrecia.

¿Qué humor puede ser más raro,  
que el que faltó de consejo,  
el mismo empuña el espejo  
y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén  
tenéis condición igual,  
quejándoos, si os tratan mal,  
burlándoos, si os quieren bien.

Opinión ninguna gana,  
pues la que más se recata,  
si no os admite, es ingrata,  
y si os admite, es liviana.

Siempre tan necios andáis,  
que con desigual nivel,  
a una culpáis por cruel,  
y a otra por fácil culpáis.

¿Pues cómo ha de estar templada  
la que vuestro amor pretende,  
si la que es ingrata ofende  
y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena  
que vuestro gusto refiere,  
bien haya la que no os quiere  
y quejaos enhorbuena.

Dan vuestras amantes penas  
a sus libertades alas,  
y después de hacerlas malas  
las queréis hallar muy buenas.

¿Cuál mayor culpa ha tenido  
en una pasión errada,

la que cae de rogada,  
o el que ruega de caído?

¿O cuál es más de culpar,  
aunque cualquiera mal haga,  
la que peca por la paga  
o el que paga por pecar?

¿Pues para qué os espantáis  
de la culpa que tenéis?  
queredlas cual las hacéis  
o hacedlas cual las buscáis.

Dejad de solicitar,  
y después, con más razón,  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.

Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia;  
pues en promesa e instancia,  
juntáis diablo, carne y mundo.

¡qué entendimiento más perfecto del hombre se expresa en  
estos versos! Son versos curiosísimos para una monja que había  
entrado en el convento a los diez y siete años

En su comedia "Los empeños de una casa" uno de los personaj-  
es, don Carlos dice, hablando de las mujeres:

Pero son quimeras vanas  
de jóvenes, y altiveces,  
que en mirándolas corteses  
luego las juzgan livianas;  
y sus malicias erradas  
en su mismo mal contentas,  
si no las ven desatentas,  
no las tienen por honradas.  
Y a un pensar tan desigual,  
y a un no indigno del desdén  
nunca ellas obran más bien  
que cuando las tratan mal.

## IV

### Obras Dramáticas

Además de escribir muchas loas Sor Juana escribió tres autos sacramentales y dos comedias. Es típico de estas obras que el personaje principal narra su historia. Esta narración es la parte más interesante de la obra. Por ejemplo hallamos en El Divino Narciso una narración de su historia; en Amor es más laberinto, Thefeo cuenta los detalles de su vida que le hacen un héroe; en Los empeños de una casa tenemos la historia de Leonor. Esta narración es una de las partes más bellas de toda su obra. En discutir estas obras en detalle he tratado de escoger las partes que nos revelan más claramente el espíritu de la autora y su entendimiento perfecto del corazón humano. Estas partes que he escogido me parecen de belleza extraordinaria.

En estas obras dramáticas se halla una tendencia de moralizar y de enseñar, especialmente en los autos sacramentales.

#### El Cetro de Joseph

El cetro de Joseph trata de una de las historias más bellas y más interesantes de toda la Biblia. La loa para este auto trata de la educación de la raza indígena. Cuatro personajes, la Fe, la Ley de Gracia, la Ley Natural y la Idolatría desarrollan la loa. La Ley de Gracia propone que se derriben los altares

antiguos de los indígenas y que se acaben los sacrificios humanos; la Ley Natural pide que se concluya la poligamia entre los indios. La Ley de Gracia, la Ley Natural y la Naturaleza celebran la llegada de la Fe a la tierra de los indios. La Fe les dice que a pesar de ellos, ella halla las aras manchadas de sangre humana, mostrando que, a pesar de la conversión de los indígenas conquistados, ellos no entienden los preceptos de la religión que profesan. La Fe propone, con la ayuda de los demás personajes, enseñarles los verdaderos preceptos de la religión Cristiana.

Aparece la Idolatría que defiende las costumbres y los sacrificios humanos, ofreciendo dos razones:

La primera es el pensar  
que las deidades se aplacan  
con la víctima más noble;  
y la otra es que en las viandas  
es el plato más sabroso,  
la carne sacrificada,  
de quien cree mi nación  
no sólo que es la substancia  
mejor, más que virtud tiene  
para hacer la vida larga,  
de todos los que comen.

Entonces la Fe le responde que ella va a enseñarle un mejor modo de hacer los sacrificios. Dice:

Pues yo pondré en las aras  
un holocausto tan puro,  
una ofrenda tan suprema,  
una víctima tan rara,  
una ofrenda tan suprema  
que no solamente humana  
mas también Divina sea;  
y no solamente valga  
para aplacar la deidad  
sino que la satisfaga  
eternamente, y no sólo  
delicias de un sabor traiga,  
sino infinitas delicias:

y no solamente larga  
vida dé, mas vida eterna....  
La Eucaristía Sagrada  
en que nos da el mismo Cristo  
su cuerpo, en que transubstancia,  
el pan y el vino.

La Idolatría le pregunta cómo y en qué puede entender estos misterios y la Fe contesta así:

En una historia sagrada  
de un auto sacramental  
y alegórico, en que trata  
mi amor hacerte visibles  
las profecías que hablan  
de este sagrado misterio.  
El cetro de Joseph es  
en cuya vida se hallan  
sólo misterios de Pan y trigo.

Los personajes del auto son, por la mayor parte, personajes reales; Joseph, Jacob, su padre, sus hermanos, Farón, la mujer de Putifar; los abstractos son el Luzero, la Profecía, la Inteligencia, la Envidia y otros de menos importancia.

El auto consiste en una serie de cuadros que tienen por objeto la enseñanza, como hemos visto en la loa. Se abre un carro en que se hallan Adán y Eva; otro en que está Abrahán; otro en que hallamos a Jacob al pie de la escala; pero más importante de todos estos cuadros es la historia de Joseph. Primero sus hermanos que le habían echado a la cisterna para matarle, deciden venderle a unos comerciantes que pasan. Así ellos le compran y se le llevan como esclavo a Egipto.

Los personajes abstractos observan el desarrollo de la historia, y hablan de las cosas que no pueden entender. El Luzero tiene mucho cuidado porque presiente que Dios va a re-

dimir al hombre. Miran lo que ocurre y cuanto más ven, tanto más confusos se ponen. Mientras que el Luzero y los demás personajes abstractos arguyen, les aparece la Profecía que les dice:

El espíritu de Dios  
soy, que a Joseph acompaña  
de profecía.

En Egipto hallamos a Joseph adivinando los sueños de sus compañeros, y más tarde los de Farón, por lo que se hace supremo mayordomo de los graneros de Egipto. Con su previsión y su sagacidad salva al pueblo de la carestía que asuela los demás pueblos. Porque Joseph había interpretado los sueños de Farón y había salvado a Egipto, el pueblo le aclama así:

El Salvador del mundo,  
que con piedad benigna  
ha redimido a Egipto  
de tan grande desdicha.  
El que en humilde traje  
oculto desmentía  
de su Divina Ciencia  
las Altas maravillas.

La mujer de Putifar tienta a Joseph tratando de seducirle, pero Joseph le dice:

No quiero  
que quien la vista no guarde,  
no guardará el corazón,  
pues abre la puerta franca.  
Lo que no le es al deseo  
lícito, no es bien que haga  
lícito a mis ojos yo;  
que aunque el precepto no caiga  
sobre el ver, como la vista  
ministra especies al alma,  
que despiertan al deseo  
y que suscitan su llama,  
si yo una vez las recibo

será imposible borrarlas  
y difícil resistirlas;  
y es muy necia confianza  
que yo mismo a mi enemigo  
admita dentro de casa.

A causa de la carestía en su tierra los hermanos de Joseph vienen a Egipto a comprar trigo. Joseph los reconoce pero pretende tomarlos por espías y manda que los encierren en la prisión a todos menos uno que ha de volver a su tierra para traer al hermano menor, Benjamín. Otra vez hallamos a los hermanos y Benjamín les acompaña. Ellos devuelven el dinero que habían hallado en los sacos. En esta ocasión todos los hermanos se hallan sentados a una mesa; una mesa que es profética. Dice la Profecía:

Esta mesa es de otra masa  
y estos doce de otros doce  
figura, en que se conoce  
de Dios la cierta promesa.  
Venid a la mesa, venid a la mesa.

Esta por la profecía  
puesta por figura está;  
mas la otra dispondrá  
la eterna Sabiduría.  
El pan aquí con afán es  
sustento y es comida,  
y allí será el Pan de vida  
cuando deje de ser pan.

El Luzero y la Inteligencia hablan otra vez, asombrado de esta profecía. Dice el Luzero:

Cuando Dios intenta, que algo  
ignore yo, mayormente  
aquella parte que toca  
a los secretos celestes  
que llaman Sabiduría:  
la cual no quiere que entre  
en alma malvada, y menos  
en mi espíritu rebelde  
¡qué asombro! ¡qué confusión!

¡qué tinieblas tan crueles  
ofuscan la perspicaz  
luz de mi angélica mente!

La Inteligencia le explica como los hermanos de Joseph habían partido para su tierra; pero Joseph, queriendo ponerlos a otra prueba, mandó ponerse en el saco de Benjamín el vaso en que Joseph solía beber, y envió tras ellos sus ministros que abrieron los sacos y hallaron el vaso en el de Benjamín. Los hermanos tuvieron que volver a Joseph para que él los sentenciase. El los perdonó e hizo que volviessen a casa para traer a Jacob, su padre y a sus familias para vivir en Egipto. Aunque el Luzero sabe que Joseph es muy poderoso, dice que no es él a quien teme sino a quien Joseph representa. Dice el Luzero:

Todos, al fin se reducen  
en aquel primer principio  
de que Dios intenta al hombre  
redimir de su delito.

Al fin del auto se abre un carro y aparece Jacob en una cama y Joseph está sentado a su lado. Jacob sabe que ha llegado la hora de su muerte y pide a Joseph que lleve su cuerpo a Canaán para sepultarlo con los de sus mayores. Joseph se lo promete, y Jacob besa el cetro de Joseph, el signo de poder. Se abre otro carro y aparecen un cáliz y la Hostia Dice la Profesora:

Idos, que donde la luz  
se aparece, no ha tenido  
las tinieblas permanencia.  
Y vosotros, ya no hijos  
de Jacob, que el Sacramento  
entre figuras y visos  
vieron, sino hijos de Luz;  
pues las sombras se han ido,  
y cumplido las figuras  
de los Sacros Vaticinios

que dije en tantos profetas,  
y ya trasciende siglos  
la que allá fué profecía,  
a ser aquí Fe ha venido  
sin que cause disonancia;  
pues un acto es de Fe mismo,  
dar crédito a lo futuro,  
que dársela a lo no visto;  
pues lo mismo es creer en Dios  
que creer, porque Dios lo dijo,  
creyendo allá contra el tiempo  
y aquí contra los sentidos.

La canción final termina así:

Si Joseph conserva  
siete años el trigo,  
aquí dura el Pan  
infinitos siglos:  
pues es misterio de los misterios  
y el prodigio de los prodigios.

### El Mártir del Sacramento, San Hermenegildo

Empieza la loa de este auto sacramental con un debate entre dos estudiantes que arguyen sobre las finezas de Cristo, un asunto muy semejante a los argumentos que ofrece Sor Juana en su Carta Atenagórica. Otro estudiante dice que tiene a su cargo hacer un auto del divino sacramento tratando del martirio glorioso de Hermenegildo y quiere que los argumentos de sus compañeros sirvan para una loa, pues son tocantes al punto.

En este auto también hay muchos personajes; algunos son reales; Hermenegildo; su padre Leovigildo; su hermano, Recaredo; Ingunda, esposa de Hermenegildo; San Leandro, el Arzobispo; Embajador; otros personajes abstractos, la Fe; la Misericordia; la Verdad; la Justicia; la Paz; la Fantasía; la apos-

tasía.

Primero habla la Fe contando su importancia entre todas las virtudes. Dice:

Con decir que soy cimiento,  
he hecho que la más baja  
soy de todas las virtudes:  
pero la más necesaria.  
Baja dije, no porque  
menos que las otras valga,  
sino por ser la primera  
sobre quien todas descansan.  
Yo no dependo de alguna,  
pues si ellas no me acompañan,  
me soy yo Virtud sin todas,  
y todas sin mí son nada.  
Vosotras sois solamente  
Virtudes Morales, hasta  
que yo, que soy Fe, os elevo  
a ser Virtudes Cristianas.

Aparece en un carro San Hermenegildo dormido. Las virtudes cantan. Hermenegildo está muy oprimido, aun en sus sueños, porque algunas de las virtudes le aconsejan la guerra y otras le aconsejan la paz. Hermenegildo es Católico y su padre, el Rey Leovigildo, décimo-sexto rey de los Godos en España, es arriano; sabe aquel que debe defender su religión, pero a la vez cree que debe lealdad a su padre.

Se expresa este conflicto así:

Hermenegildo:

Que interiores consonancias  
de diferentes virtudes  
en dos mitades el alma  
me dividen, y aca en mí  
una guerra civil traban  
sin saber cuál obedezca;  
pues cuando piadosa y blanda  
oigo la Misericordia  
que me dice

Misericordia: Pausa, pausa  
deja el estruendo, cesen las armas.  
Hermenegildo: Luego la Verdad se opone  
diciéndome  
Verdad: Marcha, marcha.  
Hermenegildo: Y si a esta me inclino, luego  
tremolando señas blancas  
la Paz se me representa  
y oigo decir  
Paz: Pausa, pausa.  
Hermenegildo: Y para hacer contrapeso  
la Justicia, con la espada  
blandida, a la Paz se opone  
Justicia: Marcha, marcha  
deja el sosiego, tomallas armas.

En este momento aflictivo llega un embajador de su padre.  
Este embajador ha venido a tratar de persuadir a Hermenegildo  
que cese de oponer a su padre, y le cita, las ventajas en estos  
versos:

La ley arriana da  
por premio de sus secuaces  
triunfos, cetros y coronas;  
y al católico arrogante  
que la contradice, da  
muerte por castigo y cárcel:  
¿por que tu quieres, señor,  
seguir a estos miserables  
en el castigo, si puedes  
en la gloria a los triunfantes?  
Responde Hermenegildo:  
Con punto de Religión  
no es de mi arbitrio, pues parte  
es Dios en ella....  
A la misma duda vuelvo;  
que entre mi ley y mi padre,  
de cada parte se oponen  
montes de dificultades.

Llega San Leandro, el Arzobispo y dice a Hermenegildo que  
el Emperador Tiberio quiere darle el auxilio de sus armas pero  
que por rehensa quiere que Hermenegildo le entregue a su esposa  
y a su hijo. Puesto que no hay más remedio Hermenegildo tiene  
que hacerlo, diciendo:

Todo es de Dios, nada es mío,  
cúmplase su voluntad.

San Leandro:

Que constancia,  
Señor, en Hermenegildo  
tan admirable habéis puesto,  
que en el más arduo conflicto  
a esfuerzos de resignado  
subió a vencer a sí misma!  
Perficionad vos la obra  
con vuestro amor infinito,  
para que el fin de su vida  
no desdiga del principio.

La Fantasía descubre al Rey Leovigildo toda la serie de monarquías, con sus riquezas, sus grandezas, sus glorias y sus coronas, a fin de que el entienda,

que de la Religión han sido prendas  
estas glorias, que has visto, estas coronas.  
¡Qué ahora con la tuya, tú eslabonas:  
y que, con ella han dilatado  
tanto inclito pasado  
tuyo las glorias de tu descendencia  
por tantos siglos, clara consecuencia  
es, que del mismo modo,  
cuando ella falte, ha de faltarte todo.

El embajador vuelve a Leovigildo y le dice que Hermenegildo no puede ceder a su padre porque se trata de su religión. El rey decide hacer guerra contra su hijo. Recaredo, hermano de Hermenegildo, trata de evitar esta guerra entre padre e hijo pero no puede hacerlo. Sitiada Sevilla, Hermenegildo decide retirarse a Odet. Dice a sus soldados:

Amigos,  
cuando de Dios el poder  
no defiende la ciudad,  
en vano se causa quien  
en su guarda se desvela.

Llegan Leovigildo y sus soldados, y aquel manda que peguen

fuego al lugar en donde se halla Hermenegildo. Este sale y encuentra a su hermano que le aconseja que se rinda a su padre. Así lo hace y Leovigildo les manda a sus soldados que encierren a Hermenegildo en la prisión. La Apostasía va a la prisión a ofrecer a Hermenegildo el último recurso que le ofrece su padre. Esto es que Hermenegildo reciba de su mano el Sacramento de la comunión.

Aparece Hermenegildo con cadenas, diciendo:

Prisión apetecida,  
adonde las cadenas,  
aunque parecen penas  
son glorias de una vida,  
que haciendo dicha de las aflicciones,  
regula por joyeles las prisiones....

Saco es, el que ayer era  
púrpura soberana,  
y la mano, que ufana  
cetro empuñó severa,  
muestra al cuello ligada, cuán inestable  
es la gloria del mundo miserable....

La Fe que adoro sólo  
es la herencia que estimo,  
de nada me lastimo,  
pues ella se acrisóla;  
piérdase en hora buena el laurel godo,  
que con tener mi Fe, lo tengo todo.

Sale la Apostasía y habla con Hermenegildo, que, aconsejado de la Fe, no acepta de la mano de la Apostasía el sacramento. Cuando ella le dice que si no lo acepta, que tiene orden del rey para quitarle la vida, él le responde:

Yo en sacrificio la ofrezco  
y defensa de la Fe  
de este sagrado misterio.

Entonces muere Hermenegildo. Así es el Mártir del Sacramento.

## El Divino Narciso

Este es su mejor auto sacramental. Se puede comparar dignamente con los mejores autos de los dramaturgos más ilustres del Siglo de Oro. La poesía de este auto es de belleza especial. La ovejuela perdida es una de las más bellas canciones de toda su obra. D. Francisco Pimentel dice que se puede comparar con las mejores canciones místicas de San Juan de la Cruz. Otra parte hermosísima es la narración de la historia del Divino Narciso.

La loa para este auto trata de México y los indígenas; su evangelización y su educación moral. Los personajes principales son el Occidente, América, la Religión y el Zelo.

Los indios celebran una fiesta en honor del dios de las semillas, dios de la agricultura, que según el Occidente

Es un Dios que fertiliza  
los campos que dan los frutos,  
a quien los cielos se inclinan,  
a quien la lluvia obedece:  
y en fin, es el que nos limpia  
los pecados, y después  
se hace manjar que nos brinda.  
Mira tú si puede haber,  
en la deidad más benigna  
más beneficios que haga  
ni más que yo te repita.

La Religión le ofrece a un Dios más poderoso cuyas obras explica, como siendo

Obras del Dios verdadero,  
y de su sabiduría  
son efectos; pues si el prado  
florido se fertiliza;  
si los campos se fecundan,  
si el fruto se multiplica,

si las sementeras crecen,  
si las lluvias se destilan,  
todo es obra de su diestra;  
pues ni el brazo que cultiva,  
ni la lluvia que fecunda,  
ni el calor que vivifica  
diera incremento a las plantas;  
a faltar su productiva  
providencia, que concurre  
a darles vegetiva  
alma.

Para vencer los falsos conceptos de Dios que tienen los indígenas y substituirlos por los verdaderos conceptos, la Religión y el Zelo tratan de convencer a los indios de sus errores, primero con argumentos, pero éstos no bastan. Entonces el Zelo, seguido de soldados españoles, declara que no hay más remedio que la guerra. Los soldados luchan con los indios pero la Religión interviene en su defensa y los ampara.

Aquí hallamos lo que el señor Julio Jiménez Rueda dice es la tragedia de México. Superficialmente el indio aceptó la cultura española y la religión católica pero en el fondo conservó su espíritu indígena con todas sus supersticiones. Hallamos esto expresado por dos de los personajes que hablan a la Religión.

América. Si el pedir que yo no muera,  
es porque esperas de mí  
que me vencerás altiva,  
como antes, con corporales,  
después con intelectivas  
armas; estás enganada,  
pues aunque llore cautiva  
mi libertad, mi albedrío  
con libertad más crecida  
adoraré mis deidades.

Occidente. Yo ya dije que me obliga  
a rendirme a ti la fuerza;  
y en esto claro se explica,  
que no hay fuerza ni violencia  
que a la voluntad impida  
sus libres operaciones;  
y así aunque cautivo gima  
no me podrás impedir

que acá en mi corazón diga  
que venero al gran Dios de las semillas.

La Religión dice que va a enseñarles la verdad en un auto sacramental "El Divino Narciso."

En este auto el Divino Narciso es el Hijo de Dios. En el personaje de un pastor va por el mundo en busca de la ovejuela perdida, hija de la Naturaleza Humana. Esta, extraviada por la Naturaleza Angélica, busca a Narciso porque se ha dado cuenta de que no hay paz ni felicidad en el mundo sin Dios. Ella sabe que por sus delitos enormes se ha extraviado tan lejos de Dios que estos delitos

entre mí y él, interpuestos  
tanto mi ser descomponen,  
tanto mi belleza afean,  
tanto alteran mis facciones  
que si las mira Narciso,  
a su imagen desconoce.

Por eso busca la fuente divina en que espera lavar sus borrones.

La Naturaleza Angélica que había perdido para siempre su lugar en el cielo cuando se unió a la Soberbia y al Amor Propio, ahora no es más que un eco de la que fué antes de su caída y así se llama Eco. Teniendo delos que Dios ame a la Naturaleza humana, Eco trata de seducir y alejar más a aquélla. Dice Eco a la Soberbia y al Amor Propio:

Así es bien  
que estemos todos alerta,  
para que nunca Narciso  
a mirar sus ojos vuelva;  
porque es a él tan parecida,  
en efecto como hecha

a su imagen (ay de mí!  
de envidia el pecho revienta!)  
que temo que si la mira  
su imagen que mirà en ella,  
obligara su Deidad  
a que se incline a quererla;  
que la semejanza tiene tanta fuerza,  
que no quede haber quien no la apetezca.  
Y así, siempre he procurado  
con cuidado y diligencia  
borrar esta semejanza.

Eco sospecha que Narciso, el pastor que busca a la Naturaleza Humana es Dios mismo. Sabiendo que él está en un monte, va a ofrecerle todos los tesoros del mundo para descubrir si es Dios o si es hombre, porque sabe si que es hombre no desdeñará los tesoros del mundo. Narciso la reconoce y la rechaza, diciéndole:

Aborrecida Ninfa,  
no tu ambición te engañe,  
que mi belleza sola  
es digna de adorarse.

Vete de mi presencia  
al pàlo más distante  
adonde siempre penes,  
adonde nunca acabes.

Eco:

Ya me voy; pero advierte,  
que desde aquí adelante,  
con declarados odios  
tengo que procurarte  
la muerte, para ver  
si mi pena implacable  
muere, con que tú mueras,  
o acaba, en que tú acabes.

La Naturaleza Humana llega a un bosque. Narra las perfecciones de su bien amado. Sabe que para encontrarle es preciso asemejarse a él. Se dirige al Divino Narciso, a quien no puede

hallar al principio, pero encuentra a la Gracia que la guía a la fuente divina en que se puede mirar la imagen de Narciso. La Gracia le dice que procure que su cara se represente en las aguas para que Narciso mirando su imagen se enamore de ella. Llegó Narciso cantando:

Ovejuela perdida  
de tu Dueño olvidada,  
¿adónde vas errada?  
Mira que dividida  
de mí, también te apartas de tu vida.

Por las cisternas viejas  
bebiendo turbias aguas,  
tu necia sed enjugas,  
y con sordas orejas  
de las aguas vivificas te alejas.

En mis finezas piensa,  
veras que siempre amante,  
te guardo vigilante  
te libro de la ofensa,  
y que pongo la vida en tu defensa.

De la escarcha y la nieve  
cubierto voy, siguiendo  
tus necios pasos, viendo  
que ingrata no te mueve  
ver que dejo por ti noventa y nueve.

Mira que mi hermosura  
de todas es amada,  
de todas es buscada,  
sin reservar criatura  
y solo a ti te elige tu ventura.

Por sendas horrosas  
tus pasos voy siguiendo,  
y mis plantas hiriendo  
de espigas olrosas,  
que estas selvas producen escabrosas.

Yo tengo de buscarte,  
y aunque tema perdida,

por buscarte, la vida,  
no tengo de dejarte  
que antes quiero perderla por hallarte.

¿Así me correspondeste  
necia, de juicio errado?  
¿no soy quien te he criado?  
¿Cómo no me respondes?  
¿Y cómo (si pudieras) te me escondes?

Pregunta a tus mayores  
los beneficios míos,  
los abundantes ríos,  
los pastos y verdores  
en que te apacentaron mis amores.

En un campo de abrojos,  
en tierra no habitada  
te halle sola, arriesgada  
del lobo a ser despojos,  
y te guarde cual niña de mis ojos.

Trájetete a la verdura  
del más ameno prado,  
donde te ha apacentado  
de la miel la dulzura,  
y aceite, que manó de peña dura.

Del trigo generoso  
la médula escogida  
te sustentó la vida  
hecho manjar sabroso  
y el licor de las ávas oloroso

Engordaste, y lozana,  
soberbia y engreída  
de verte tan lucida,  
altivamente vana  
mi belleza olvidaste soberana.

Buscaste otros pastores,  
a quien no conocieron  
tus padres, ni los vieron,  
ni honraron tus mayores;  
y con esto incitaste mis farores.

Y prorrumpí enojado:  
yo esconderé mi cara

(a cuyas luces para  
su cara el sol dorado)  
de este ingrato, perverso, infiel ganado.

Yo haré que mis furoros  
los campos los abrasen  
y las yerbas que pacen:  
y tal en mis ardores  
aun los montes que son más superiores.

Mis saetas ligeras  
les tiraré, y el hambre  
corte el vital estambre  
y de aves carniceras  
serán mordidos y de bestias fieras.

Probarán los furoros  
de arrastradas serpientes;  
y en muertes diferentes  
obrarán mis rágores,  
fuera el cuchillo y dentro los temores.

Mira que soberano  
soy, que no hay más fuerte,  
que yo doy vida y muerte,  
que yo hiero, yo sano,  
y que nadie escapa de mi mano.

Pero la sed ardiente  
me aflige y me fatiga;  
bien es que el curso siga  
de aquella clara fuente,  
y que en ella templar mi ardor intento.

Que pues por tí he pasado  
el hambre de gozarte  
no es mucho que mostrarte  
procuré mi cuidado,  
que de la sed por tí estoy abrasado

Llegado a la fuente Narciso ve la imagen de la Naturaleza  
Humana, que a causa de su amor para con él se le ha asemejado  
más y más y él se enamora de ella, exclamando:

Conozco que ella me adora,  
y que paga el amor mío,  
pues se ríe, si me río,  
y cuando yo lloro, llora.  
no me puedo engañar yo,  
que mi ciencia bien alcanza,  
que mi propia semejanza  
es quien mi pena causó.

El Divino Narciso sabe que tiene que morir por los hombres. Crucificado y su cuerpo enterrado, la Naturaleza Angelica espera que, ahora que el no está en el mundo, la Naturaleza Humana vaya a olvidarse de él. Dice ella:

Tengo en consuelo (si pudo  
cabrer en mí algun consuelo)  
de conseguir que en el mundo  
no esté a los ojos de aquella  
villana que de su rudo  
natural y de su ingrata  
condición, no será mucho  
que no viéndole, le olvide.

La Naturaleza Humana viene en busca de su Bien Amado, deseosa de hallar su sepultura, y encuentra a la Gracia que le dice:

Vivo está tu Narciso,  
no llores, no lamentos,  
ni entre los muertos busques  
al que está vivo siempre.

En este momento aparece Narciso, resucitado y le pregunta por qué llora. Ella le responde:

Por mí Narciso lloro,  
Señor, si tú le tienes,  
dime donde está, para  
que yo vaya a traerle.

Entonces Narciso se le revela, diciéndole que es preciso que el vuelva al trono celeste. Ella se pone muy triste y le dice que si la deja sola en el mundo su enemiga serpiente va a insidiarla otra vez. Narciso, conociendo perfectamente la fragilidad humana, le dice que antes de partir el va a darle medios para protegerse contra los males que planean Eco, el Amor Propio y la Soberbia para que la Naturaleza Humana olvide a Dios. Le dice que deja con ella un memorial de su amor, el memorial del Sacramento. Entonces hace que la Gracia narre su historia:

Erase aquella belleza  
del Soberano Narciso,  
gozando felicidades  
en la gloria de sí mismo,  
pues en sí mismo tenía  
todos los bienes consigo.  
Rey de toda la hermosura,  
de la perfección archivo,  
esfera de los milagros,  
y centro de los prodigios....  
Anuncio era de sus obras  
el firmamento lucido,  
y el resplendor lo alababa  
de los astros matutinos.....  
Por imitar su belleza,  
con cuidadosos aliños,  
se vistió el campo de flores,  
se adornó el monte de riscos.  
Adoraban su Deidad  
con amoroso destino,  
desde su gruta la fiera  
y el ave desde su nido:  
y el mar para sus ofrendas  
erigió altares de vidiro.  
Adoraciones le daban  
devotamente rendidos,  
desde la yerba más baja  
al más encumbrado pino.  
Mare magnum se ostentaba  
de perfección infinita  
de quien todas las bellezas  
se derriban, como ríos.  
En fin todo lo insensible,  
racional y sensitivo,  
tuvo el ser en su cuidado  
y se perdiera a su olvido.  
Este, pues hermoso asombro,  
que entre los prados floridos  
se regalaba en las rosas  
se apacentaba en los lirios,  
de ver el reflejo hermoso  
de su esplendor peregrino,  
viendo en el hombre su imagen,  
se enamoró de sí mismo.  
Su propia similitud  
fue su amoroso atractivo,  
porque sólo Dios, de Dios  
pudo ser objeto digno.  
Abalanzóse a gozarla,  
pero cuando su cariño  
más amoroso buscaba

el imán apetecido,  
por impedir envidiosas  
sus afectos bien nacidos,  
se interpusieron osadas  
las aguas de sus delitos.  
Y viendo imposible casi  
el logro de sus designios  
(porque hasta Dios en el mundo  
no halla amores sin peligro)  
se determinó a morir  
en empeño tan preciso,  
para mostrar que el riesgo  
el examen de lo fino.....  
Abatióse como amante  
al tormento más indigno,  
y murió, en fin, del amor  
al voluntario suplicio.  
Dio la vida en testimonio  
de su amor; pero no quiso  
que tan gloriosa fineza  
se quedase sin testigo;  
y así dispuso dejar  
un recuerdo y un aviso,  
por memoria de su muerte,  
y prenda de su cariño....  
Oculto quiso quedarse  
entre cándidos armiños,  
por asistir como amante,  
y celar como registro  
que como esposo del Alma,  
receloso de desvíos,  
la espía por las ventanas,  
la acecha por los resquicios.  
Quedó a hacer nuevos favores,  
porque liberal no quiso  
acordar una fineza,  
sin hacer un beneficio.  
Ostentó lo enamorado  
con amantes desperdicios,  
e hizo todo cuanto pudo  
el que pudo cuanto quiso.  
Quedó en manjar a las almas  
liberalmente benigno,  
alimento para el justo,  
veneno para el indigno.

Terminada la narración de su historia, dice la Naturaleza

Humanat

A tanto Sacramento,  
a misterio tan divino  
es muy justo que el amor

llegue de temor vestido.

Unidos la Gracia y la Naturaleza Humana expresan este voto:

Veneremos tan gran Sacramento  
y al nuevo misterio cedan los antiguos,  
supliendo de la Fe los afectos  
todos los defectos que hay en los sentidos.

Amor es más laberinto

De esta comedia escribió Sor Juana solamente la primera y la tercera jornadas. Es de notar que el personaje masculino es mucho más admirable que los personajes femeninos. Hallamos en Thefeo, el protagonista, un tipo verdaderamente heroico. En mi opinión es el más admirable de todos los personajes masculinos que se hallan en la obra dramática de Sor Juana.

Thefeo, Príncipe de Atenas, es prisionero de Minos, Rey de Creta, porque le ha tocado ser uno de los seis mancebos que Minos fuerza que Atenas le entregue todos los años para vengar la muerte de su propio hijo. Antes de condenarle a Thefeo a la muerte, Minos le pide que narre su historia. A la primera vista las dos Infantas se enamoran de Thefeo y cada una se resuelve a salvarle la vida. Thefeo cuenta los acontecimientos de su vida así:

Yo, pues, el príncipe soy,  
que de Atenas heredero,  
antes pago sus pensiones,  
que gozo de sus imperios.  
Poco te ha dicho en decir,  
que soy príncipe, pues pienso,  
que es más, que decir, monarca,  
decirte que soy Thefeo.  
Y con razón, pues haber  
nacido príncipe excelso  
se lo deberé a la sangre,

y no a mis merecimientos;  
y no he de estimar yo más  
(aun siendo mi padre mismo)  
aquello, que debe a otro,  
que no, lo que a mí me debo.  
Que entre ser príncipe y ser  
soldado, aunque a todos menos  
les parezca lo segundo,  
a lo segundo me atengo;  
que de un valiente soldado  
puede hacerse un rey supremo,  
y de un rey (por serlo) no  
hacerse un soldado bueno.  
Lo cual consiste, señor,  
si a buena luz lo atendemos  
en que no puede adquirirse  
el valor, como los reinos.  
Pruébase esta verdad,  
con decir, que los primeros,  
que impusieron en el mundo  
dominio, fueron los hechos;  
pues siendo todos los hombres  
iguales, no hubiera medio  
que pudiera introducir  
la desigualdad que vemos,  
como entre rey y vasallo,  
como entre noble y plebeyo.  
Porque pensar que por sí  
los hombres se sometieron  
a llevar ajeno yugo,  
y a sufrir extraño freno  
no hay razón para creerlo.  
Porque como nació el hombre  
naturalmente propenso  
a mandar; sólo forzado  
se reduce a estar sujeto....  
De donde infiero, que sólo  
fué poderoso el esfuerzo  
a diferenciar los hombres,  
que tan iguales nacieron,  
con tan grande distinción,  
como hacer, siendo unos mismos,  
que unos sirvan como esclavos,  
y otros manden como dueños.  
Luego no será altivez  
que cuando le debe al cielo  
de nacimiento y valor,  
más de mi nacimiento....  
Apenas había  
en mi rostro el primer vello  
dado las honrosas señas

del corazón y del seso,  
cuando en vez de acompañarme  
de los pulidos mancebos,  
que en la juventud de Atenas  
eran de la gala espejos,  
de Hércules me acompañe;  
que más quiso mi ardimiento,  
que preceptoras de galas,  
tener de hazañas maestros.  
Alcance en su compañía,  
entre otros muchos trofeos,  
el vencer las amazonas;  
y no sin causa el primero  
de todos mis triunfos llamo  
este, señor, porque creo,  
que el vencer a una mujer,  
es el mayor vencimiento...  
Y cuando hermosa no sea,  
basta ser mujer, que el serlo  
es suficiente ventaja;  
pues además de sus alientos,  
pelean de parte suya,  
mi lástima y mi respeto.

Una cosa Thefeo no había podido hacer, pero dice:

Aunque no logré el intento,  
no perdí por esto el lauro;  
que en los casos tan inciertos  
conseguir toca a la dicha,  
pero intentar el esfuerzo.  
Pero la mayor victoria  
fue, señor, que amante tierno,  
de la belleza de Elena  
la robé; no estuvo en esto  
el valor (aunque el robarla  
me costó infinitos riesgos),  
sino en que cuando ya estaban  
a mi voluntad sujetos,  
el premio de su hermosura,  
y el logro de mis deseos,  
de sus lágrimas movido,  
y obligado de sus ruegos,  
la volví a restituir  
a su padre y a sus deudos,  
dejando a mi amor llorando,  
y a mi valor consiguiendo  
la más difícil victoria,  
que fue vencer a mí mismo.

Thefeo concluye su historia con una idea que se halla en otras obras de Sor Juana, es decir la obligación de librar a la patria de las malas condiciones que existían en ella. Dice Thefeo:

Sirva mi altivez, mi sangre,  
mis blasones, mis trofeos,  
de que quedes de tu enojo  
dignamente satisfecho,  
y quede libre mi patria  
de tan doloroso peso,  
como este infeliz tributo;  
que yo moriré contento,  
si con mi muerte la libero de  
tan inhumano feudo.

Después de esta larga narración de los hechos de su vida el Embajador de Atenas le ruega a Minos que perdone a Thefeo.

Dice:

Perdón os pido postrado  
señor, pues si perdonáis,  
con perdonarle quedáis  
mas noblemente vengado:  
y no sin satisfacción;  
porque antes la tendréis doble,  
que no hay para un hombre noble,  
castigo como el perdón.

Bacho, Príncipe de Thebas, está enamorado de Ariadna, una de las Infantas, y Lidoro, Príncipe de Epyro, está enamorado de Phedra, la otra. Por supuesto, estos dos príncipes tienen celos el uno del otro porque cada uno cree que el otro ama a la dama de sus pensamientos. Racimo, criado de Bacho, le aconseja que se enamore de Phedra para que quede vengado. Bacho dice que no es posible fingir un amor que no siente, pero Racimo le aconseja:

Haz que eres poeta....  
y dile soles y rayos,  
ansias, desvelos, respetos,  
temor, silencio y cuidado,  
y atención sin esperanza,  
que es lo que corre en Palacio,

y verás como lo aciertas.

Thefeo que ha hablado con Phedra se ha enamorado de ella. La primera jornada termina con este estado de confusión. Las dos Infantas celosas, la una de la otra y los tres príncipes amando a las dos Infantas.

Alguien ha dicho que la segunda jornada es malísima y creo que tenía razón. Esta jornada trata de un baile, o fiesta a que los convidados asisten disfrazados. Phedra le manda a Thefeo una banda que él ha de llevar para que ella le reconozca. Ariadna le manda una pluma con el mismo objeto, pero Thefeo la da a su criado Atún. En el baile Phedra le dice a Thefeo que le esperará después. Ariadna, creyendo que halla con Thefeo también dice que le esperará después, pero ella habla a Bacho que lleva la pluma que Atún ha perdido. Por eso, hallamos a las dos Infantas esperando la llegada de Thefeo. En la obscuridad Thefeo llega y habla a Ariadna. Las dos Infantas se ponen más confusas y cada una cree que Thefeo ama a la otra.

Bacho, rabiando de celos, escribe a Lidoro, proponiendo un duelo para vengar su agravio. Este papel llega a manos de Thefeo que va al lugar indicado. Después de leer el papel Thefeo lo deja caer al suelo y al fin llega a Lidoro que también se dirige al lugar señalado. Thefeo le mata en el duelo que sigue. Bacho estaba para ir también a encontrar Lidoro cuando el rey insistió que hablase con él. Así cuando llega al lugar indicado halla el cadáver de Lidoro. Después de matar a Lidoro Thefeo piensa que tiene que salir del país, porque Ariadna le había salvado de muerte. Bacho también cree que su único recurso es

la fuga. Thefeo habla con Pedra y ella le promete huir con él. Bacho también habla con Ariadna, y ésta creyendo que habla con Thefeo, promete huir con él. Pero en la obscuridad Thefeo huye con Ariadna y Bacho con Phedra. Antes de que puedan salir del palacio los descubren el Rey y los soldados. El rey manda que maten a los cuatro.

En este momento llegan los atenienses resueltos a vengar la muerte de su príncipe. Pero éste que se halla de repente convertido de reo en juez, perdona a Minos. Minos entonces le concede el premio que pide, la mano de Phedra. Ariadna, a pesar de su gran amor que tiene para con Thefeo, cuando se entera de que no hay esperanza de ganar el amor de él, dice que va a casarse con Bacho.

En mi opinión si sacamos de esta comedia la narración de la historia del protagonista, no queda mucho de interés. Los tres graciosas no añaden mucho a la comedia. Es curioso que se hallan tres pero como hay tres príncipes no es posible tener menos de tres criados. Es algo extraño hallar en una comedia un acontecimiento trágico como hallamos en la muerte de uno de los príncipes. Esta comedia es bastante complicada y la segunda jornada, que Sor Juana no escribió es muy inadecuada para el desarrollo de la trama.

#### Los empeños de una casa

Los empeños de una casa es la mejor de sus dos comedias.

Algunas escenas de esta comedia se pueden comparar muy favorablemente con las mejores de Lope de Vega o de Calderón de la Barca. Una cosa de interés especial es la historia de la protagonista en que indudablemente se retrata Sor Juana a sí misma, puesto que la narración es la de su propia vida. La narra así:

Yo nací noble, éste fué  
de mí mal el primer paso,  
que no es pequeña desdicha  
nacer noble un desdichado;  
que aunque la nobleza sea  
joya de precio tan alto,  
es alhaja que en un triste  
sólo sirve de embarazo;  
porque estando en un sujeto  
repugnan como contrarios  
entre plebeyas desdichas  
haber respetos honrados.  
Decirte que nací hermaa  
presumo que es excusado,  
pues lo atestiguan tus ojos  
y lo prueban mis trabajos.  
Sólo diré, aquí quisiera  
no ser yo quien lo relato,  
pues en callarlo o decirlo  
dos inconvenientes hallo;  
porque si digo que fui  
celebrada por milagro  
de discreción, me desmiento  
la necesidad de contarlo;  
y si lo calló no informo  
de mí, y en un mismo caso  
me desmiento, si lo afirmo,  
y lo ignoras si me calló.  
Pero es preciso al informe  
que de mis sucesos hago  
(aunque pase la molestia  
la vergüenza de contarlo)  
para que entiendas la historia  
presuponer asentado,  
que mi discreción la causa  
fué principal de mi dardo.  
Inclinéme a los estudios

desde mis primeros años,  
con tan ardientes desvelos,  
con tan ansiosos cuidados,  
que reduje a tiempo breve

fatigas de mucho espacio.  
Conmuté el tiempo industriosa  
a lo intenso del trabajo,  
de modo que en breve tiempo  
era el admirable blanco  
de todas las atenciones,  
de tal modo que llegaron  
a venerar como insulso  
lo fué adquirido lauro.  
Era de mi patria toda  
el objeto venerado  
de aquellas adoraciones  
que forma el común aplauso,  
y como lo que decía  
(fuése bueno o fuese malo)  
ni el rostro lo deslucía  
ni lo desairaba el garbo;  
llegó la superstición  
popular a empeño tanto  
que ya adoraban deidad  
el ídolo que formaron.  
Voló la fama parlera  
discurrió reinos extraños  
y en la distancia segura  
acreditó informes falsos.  
La pasión se puso antojos  
de tan engañosos grados,  
que a mis moderadas prendas  
agradaban los tamaños.  
Víctima en mis aras eran  
devotamente postrados  
los corazones de todos,  
con tan comprensivo lazo,  
que habiendo sido al principio  
aquel culto voluntario,  
llegó después la costumbre  
favorecida de tantos,  
a hacer, como obligatorio,  
el festejo cortesano,  
y si alguno disenta  
paradojo, o avisado  
no se atrevía a preferirlo  
temiendo, que por extraño  
su dictamen no incurriese  
siendo de todos contrario,  
en la nota de grosero  
o en la censura de vano.

Entre estos aplausos yo  
con la atención zozobrando  
entre tanta muchedumbre,  
sin hallar seguro blanco,  
no acertaba a amar a alguno  
viéndome amada de tantos.  
Sin temor en los concursos

defendía mi recato  
con peligro del peligro  
y con el daño del daño;  
con una afable modestia  
igualando el agasajo,  
quitaba lo general  
lo sospechoso al agrado.  
Mis padres en mi mesura,  
vanamente asegurados,  
se descuidaron conmigo;  
¿qué dictamen tan errado!  
Pues fué quitar por afuera  
las guardas y los candados  
a una fuerza, que en sí propia  
encierra tantos contrarios.  
Y como tan neciamente  
conmigo se descuidaron,  
fué preciso hallarme el riesgo  
donde me perdió el cuidado.  
Sucedió, pues, que entre muchos,  
que de mi fama incitados  
contentar con mi persona  
intentaban mis aplausos  
llegó acaso a verme, (¡Ay cielos!)  
¿Cómo permitís tiranos  
que un afecto tan preciso  
se forjase en un acaso?  
Don Carlos de Olmedo.....  
Era su rostro un enigma  
compuesto de dos contrarios,  
que eran: valor y hermosura,  
tan felizmente hermanados,  
que faltándole a lo hermoso  
la parte de afeminado  
hallaba lo más perfecto  
en lo que estaba más falto;  
porque ajando las facciones  
con un varonil desgarró,  
no consintió a la hermosura  
tener imperio asentado  
tan remoto a la noticia,  
tan ajeno del reparo,  
que aun no le debió lo bello  
la atención de despreciarlo:  
que como en un hombre está  
lo hermoso como sobrado,  
es bueno para tenerlo,  
y malo para ostentarlo.  
Era el talle como suyo

que aquel talle y aquel garbo,  
aunque la naturaleza  
a otro dispusiera darlo,  
sólo le asentará bien  
al espíritu de Carlos:  
que fué de su providencia  
que esmero bien acertado,  
dar un cuerpo tan gentil  
a espíritu tan gallardo.  
Gozaba un entendimiento  
tan sutil, tan elevado,  
que a la edad de lo entendido  
era un mentís de sus años.  
Alma de estas perfecciones  
era el gentil desenfado  
de un despejo tan airoso,  
un gusto tan cortesano,  
un recato tan amable,  
un tan atractivo agrado,  
que en el más bajo descuido  
se hallaba el primer mas alto,  
tan humilde en los afectos,  
tan tierno en los agasajos,  
tan fino en las persuasiones  
tan apacible en el trato,  
y en todo, en fin, tan perfecto,  
que ostentaba cortesano  
despojos de lo rendido,  
por galas de lo alentado.  
En los desdemes, sufrido  
en los favores, callado,  
en los peligros, resuelto,  
y prudente en los acasos.

En esta descripción, pintada en versos bellos, claros y sencillos, creo que hallamos el retrato del hombre a quien amó Sor Juana. Por lo menos es el tipo de hombre de quien puede enamorarse una mujer de su tipo; pues, sigue la narración.

En fin yo le amé, no quiero  
cansar tu atención, cantando  
de mí temerario empeño  
la historia caso por caso;  
pues tu discreción no ignora  
de empeños enamorados,  
que es su ordinario principio  
desasosiego y cuidado,  
su medio lances y riesgos,  
su fin, tragedias o agravios.

En estos últimos versos tenemos la idea que se halla casi siempre en sus poesías que tratan del amor humano; la idea que el fin inevitable del amor es tragedia o desengaño.

Leonor, la protagonista continúa su narración. De noche sale ella con Carlos pero en la calle encuentran a don Juan y a un primo de Leonor con quienes riñe Carlos. Ella cree que le hieran. Este encuentro, arreglado por don Pedro, otro pretendiente de Leonor, tiene por objeto poner a Leonor en la casa de don Pedro. Así es que la llevan a su casa donde ella cuenta la historia ya citada a doña Ana, hermana de don Pedro. Carlos huyendo de los hombres que le atacan a quienes él cree ser la justicia, se halla también en la casa de don Pedro. Doña Ana se enamora de Carlos. Leonor encuentra a Carlos, pero ella cree que él está en la cárcel y por eso no puede creer que es su novio.

La mañana siguiente Carlos que había visto a Leonor no quiere salir de la casa hasta que sepa por qué ella está en la casa de don Pedro. Leonor que cree que Carlos está en la cárcel no puede explicarse su presencia en la casa de don Pedro y le pregunta a doña Ana cómo entró. Doña Ana, enamorada de Carlos no quiere explicar nada. Sale don Pedro y Leonor está muy sorprendida al saber que él es hermano de doña Ana. Doña Ana arregla que Carlos vea a Leonor, a don Pedro y a ella juntos para que Carlos se ponga celoso de manera que ella pueda lograr que él se enamore de ella. Carlos los ve y está fuera de sí de celos. Carlos le pregunta a Celia, la criada, para que había venido Leonor y ella le dice que es una dama a quien adora su amo, don Pe-

dro pero que ella no puede decirle todo. Carlos, naturalmente, se pone más celoso que nunca y resuelve a sacar a Leonor de la casa. Don Juan, enamorado de doña Ana, ve a Carlos con quien riñó la noche anterior, y él también rabia de celos.

Don Rodrigo, padre de Leonor, viene a ver a don Pedro, pues cree que Leonor había salido con él. Carlos, para saber el objeto de su visita, escucha la conversación. Por supuesto don Rodrigo quiere vengar su agravio e insiste en que don Pedro se case con Leonor en seguida. Don Pedro no se atreve a prometer por cierto por que está seguro de que Leonor no va a consentir. Don Rodrigo le dice que esto no es impedimento, pues ella no puede tener más gusto que su precepto. Sin embargo, don Pedro le persuade que permita que Leonor vuelva a casa, y, para que sus amigos puedan asistir a su boda quiere casarse con Leonor el día siguiente. Carlos, que ha oído la conversación está muy enojado y confuso. Castaño, su criado, le aconseja que se case con doña Ana y así quedará vengado su agravio. Pero Carlos, verdaderamente enamorado le dice:

¡Ay Leonor! si yo te pierdo,  
pierda la vida también.

Celia, mandada por doña Ana, le dice a Leonor que Carlos galantea a doña Ana para que Leonor se enoje con él y se enamore de don Pedro. Para evitar su casamiento con él, Leonor está resuelta a salir de la casa y pide a Celia que ella la ayude. Celia le aconseja que se case con don Pedro para vengarse de Carlos. Leonor, también completamente enamorada, le responde:

Primero que yo de Carlos  
aunque ingrato me desprecia,

deje de ser, de mi vida  
seré verdugo yo misma;  
primero que yo de amarle  
deje....  
que yo me iré desde aquí  
a buscar en una celda  
un rincón que me sepulte,  
donde llorar mis tragedias.

Le dice a Celia que si ella no la ayuda, va a matar a Celia y a sí misma. Celia, asustada, le dice que vaya a ponerse el manto mientras que ella guardará la puerta. Se va Leonor y Celia va a decir a don Pedro lo ocurrido.

Don Carlos le dice a Castaño que es preciso que él salga de la casa y que lleve una carta a don Rodrigo, explicándole que Leonor había salido con él y no con don Pedro. Castaño conociendo la dificultad y el riesgo de salir, se viste en las galas de Leonor que ella le había dado la noche anterior. Esta escena en que se pone las galas de Leonor es una de las partes más cómicas de la comedia. Vestido así, Castaño sale y encuentra a don Pedro que cree que es Leonor y le suplica que se case con él. Castaño se burla de él, de su familia y de su casa y don Pedro está asombrado. Al fin Castaño le promete a don Pedro que se casará con él. En este momento don Juan y don Carlos se encuentran y riñen. Castaño apaga la luz y en la confusión que sigue, Carlos sale con Leonor, creyendo que es doña Ana. Esta se va con don Juan, creyendo que es Carlos. Don Pedro encierra a Castaño en un cuarto porque cree que es Leonor y no quiere que se escape. En la calle Carlos encuentra a don Rodrigo, que vuelve a la casa de don Pedro resuelto a matarle si no se casa con Leonor. Carlos deja a Leonor con él y vuelve a sacar<sup>a</sup> su novia. Don Rodrigo va a la casa de don Pedro y le dice que Car-

los ha sacado a doña Ana, que está en su poder. Don Pedro insiste en que Carlos y doña Ana se casen inmediatamente. Doña Ana, creyendo que es Carlos a quien ella ha escondido en su cuarto, va por él. En este momento sale don Carlos resuelto a sacar a Leonor de su cautiverio. Carlos ve a don Rodrigo y cree que él ha recibido su carta y ahora sabe que es Carlos y no don Pedro con quien Leonor debe casarse. Pero no es así, y cuando Carlos sabe que ha de casarse con doña Ana está muy sorprendido y afirma que no puede ser de nadie sino de Leonor. Están para recibir cuando entran don Juan y doña Ana. A ésta sorprende mucho descubrir que no trae a Carlos sino don Juan. Celia sale con Castaño todavía vestido en las galas de Leonor. Se descubre Leonor diciendo que será esposa de Carlos. Don Pedro está asombrado al ver que hay dos Leonores. Se descubre Castaño y don Pedro, muy enojado, quiere matarle. Castaño le dice:

¡Por qué? si cuando te di  
palabra de casamiento  
que ahora estoy llano a cumplirte  
quedamos en un concierto  
de que si por ti quedaba  
no me harías mal.

Entonces explica por qué se halla en traje de Leonor.

Me puse estos faldamentos;  
y don Pedro enamorado  
de mi talle y de mi aseo,  
de mi gracia y de mi garbo  
me encerró en este aposento.

Don Rodrigo expresa un sentimiento típicamente español cuando dice a Carlos:

Como se case Leonor,  
y quede mi honor sin riesgo  
lo demás importa nada.  
Y así, don Carlos, me alegro  
de haber ganado tal hijo.

Como se ve, esta comedia es típicamente de la clase que se llama de capa y espada. En general el estilo es muy semejante a las comedias de Calderón de la Barca o de Lope de Vega. El elemento cómico se nota más en esta comedia que en Amor es más laberinto. Castaño el gracioso desarrolla muy bien este elemento que es necesario en una comedia.

## Poesía

A pesar de los méritos de su Divino Narciso y su comedia, Los empeños de una casa; y aunque sus dos cartas son modelos de erudición, sobre todo su Respuesta a Sor Filotea de la Cruz en que defendió tan admirablemente los derechos de la mujer, la mayor contribución que hizo Sor Juana Inés de la Cruz a la literatura mexicana es su poesía lírica. Es verdad que mucha de su poesía fué escrita a petición de otras personas y mucha no era más que poesía de ocasión y por eso es de calidad inferior, pero la que dictó su propio corazón es sincera y de verdadera inspiración. Algunos sonetos suyos son de belleza extraordinaria; y llenos de sentimiento. Sus poesías son de varias clases; sonetos, romances, liras, décimas, redondillas, villancicos y endechas.

Aunque su imitación de Góngora hace ininteligibles algunas obras de Sor Juana, no me ofrecería gran dificultad el escoger un tomo entero de sus poesías que [son de belleza extraordinaria; están llenas de música y de los sentimientos más tiernos que siente el corazón humano. En tales versos, me parece que la autora nos revela a sí misma, y, a la vez, su entendimiento perfecto del ser humano; nos revela claramente el raro fenómeno psicológico de la persona de Sor Juana. [Es de notar que, aunque monja, sus mejores poesías tratan del amor profano; sus más ardientes ver-

sos han sido consagrados, no al amor divino, como sería natural en una religiosa, sino al amor humano. Naturalmente una persona se pregunta; ¿por qué? Para mí la respuesta más a propósito es que ella amó y amó mucho.

Repetidas veces y con mucho cuidado, he estudiado el retrato de Sor Juana que se halla en el Museo Nacional de México. Según este retrato ella fué una mujer de rara y extraordinaria belleza. Sus facciones son casi perfectas; sus ojos y su frente expresan su extraordinaria inteligencia; se nota en sus ojos una expresión pensativa, serena y benigna, pero es una expresión de resignación interna más que una expresión de tranquilidad. Es un retrato de una mujer de rara sensibilidad. Al estudiar este retrato interesantísimo, y al considerar que Sor Juana fué una mujer de disposición amable, simpática y apasionada es imposible creer que ella no amase ni fuera amada. Sus versos que tratan del amor humano son prueba indiscutible de ello. Los sonetos nos hablan muy elocuentemente de este amor y nos revelan un corazón honda y verdaderamente enamorado. Los sentimientos, los efectos de los desengaños, los celos, los tormentos y la agonía causada por la ausencia del bien amado son tan sinceros, tan verdaderos, tan hondamente sentidos, que no es posible creer que no sean en realidad las expresiones de los sufrimientos del mismo corazón de Sor Juana. Describe ella perfectamente el principio del amor en estos versos:

Amor empieza por desososiego,  
solicitud, ardores y desvelos;  
crece con riesgos, lances y recelos;

sustentase de llantos y de ruego,  
doctrínale tibiezas y despego;  
conserva el ser, entre engañosos velos,  
hasta que, con agravios o con velos,  
apaga con sus lágrimas su fuego.

Las composiciones amatorias son modelos de ternura y de pasión. Siempre se halla en ellas una melancolía, una tristeza sin nombre, un punzante dolor de los celos; todos los sentimientos que forman el drama de una alma apasionada; todo expresado en un estilo sencillo, agradable y sincero. Pinta ella tan perfectamente los tormentos de amor sin ser correspondida y las dudas que existen cuando se enamora, que parece increíble que sean imitaciones literarias y fingidas. Por ejemplo, en su romance "en que describe racionalmente los efectos irracionales del Amor," hallamos estos versos:

Este amoroso tormento  
que en mi corazón se ve,  
sé que lo siento, y no sé  
la causa, porque lo siento.

Siento una grave agonía  
por lograr en devaneo,  
que empieza como deseo,  
y para en melancolía.

Ya sufrida, ya irritada,  
con contrarias penas lucho,  
y por él, sufriré mucho,  
y sin él, sufriré nada.....

No huyo del mal, ni busco el bien;  
porque en mi confuso error

ni me asegura el amor,  
ni me despecha el desdén

En mi ciego devaneo,  
bien hallada con mi engaño,  
solicito el desengaño,  
y no encontrarlo deseo.....

Nunca hallo gusto cumplido;  
porque entre alivio y dolor,  
halle culpa en el amor,  
y disculpa en el olvido.

Esto de mí pena dura  
es algo del dolor fiero,  
y mucho más no refiero,  
porque pasa de locura.

Si acaso me contradigo  
en este confuso error,  
aquel que tuviere amor  
entenderá lo que digo.

En este soneto pinta la poetisa los tormentos que resultan  
de querer sin ser correspondida:

Que no me quiera Fabio al verse amado,  
es dolor, sin igual, en mi sentido;  
mas que me quiera Silvio aborrecido  
es menor mal, mas no menor enfado.

Que sufrimiento no estará cansado,  
si siempre le resuena al oído,  
tras la vana arrogancia de un querido  
el cansado gemir de un desdénado

Si de Silvio me cansa el rendimiento,  
a Fabio canso con estar rendida;  
si de este busco el agradecimiento,

A mí me busca el otro agradecida;  
por activa y pasiva en mi tormento,  
pues padezco en querer y en ser querida.

El amor era para ella separación terrible, ausencia, muerte, siempre sin esperanza de cumplimiento; siempre falta la satisfacción de estar junto al bien amado. Se expresan estos sentimientos en los sonetos siguientes:

Detente, sombra de mi bien esquivo,  
imagen del hechizo que más quiero,  
bella ilusión por quien alegre muero,  
dulce afición por quien penosa vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo  
sirve mi pecho de obediente acero  
¿para qué me enamoras lisonjero  
si has de burlarme luego fugitivo?

Más blasoner no puedes satisfecho  
de que triunfa de mi tu tiranía;  
que aunque dejas burlado el lazo estrecho

que tu forma fantástica ceñía,  
poco importa burlar brazos y pecho  
si te labra prisión mi fantasía.

En mi opinión el soneto siguiente es uno de sus más bellos de todos:

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba,  
como en tu rostro y tus acciones veía  
que con palabras no te persuadía,  
que el corazón me vieses deseaba.

Y amor, que mis intentos ayudaba,  
venció lo que imposible parecía  
pues entre el llanto que el dolor vertía  
el corazón deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste;  
no te atormenten más celos tiranos,  
ni el vil recelo tu quietud contraste

Con sombras necias, con indicios vanos,  
pues ya en líquido humor viste y tocaste  
mi corazón deshecho entre tus manos.

En este soneto hallamos un contraste entre los tormentos que resultan de la ausencia y los que causan los celos.

El ausente, el celoso, se provoca;

aquel con sentimiento, éste con ira;  
presume éste la ofensa que no mira;  
y siente aquel la realidad que toca.

Este temple tal vez su furia loca;  
cuando el discurso su favor delira  
y, sin intermisión, aquel suspira,  
pues nada a su dolor la fuerza apoca.

Este aflige dudoso su paciencia;  
y aquel padece ciertos sus desvelos;  
éste al dolor opone resistencia;

Aquel y sin ella, sufre desconuelos;  
y si es pena de dano, al fin, la ausencia,  
luego es mayor tormento que los celos.

También en estos versos Sor Juana expresa muy hermosamente el dolor de ausencia, de una manera que nos revela qué femenina es la autora y qué propios de la mujer son los sentimientos expresados:

Ya para despedirme,  
dulce, idolatrado dueño  
ni me da licencia el llanto,  
ni me da lugar el tiempo:

-----  
hablándote los tristes rasgos.  
Entre lastimeros ecos,  
de mi triste pluma, nunca  
con más justa causa negros.

-----  
Y aún ésta te hablará torpe  
con las lágrimas que vierto;  
porque va borrando el agua  
lo que va dictando el fuego

-----  
Oye la elocuencia muda  
que hay en mi dolor, sirviendo  
los suspiros, de palabras,  
las lágrimas, de conceptos.

-----  
En lágrimas y suspiros,  
alma y corazón a un tiempo,  
aquel se convierte en agua,  
y ésta se resuelve en viento.

-----  
En fin, te vas; ¡ay de mí!  
dudosamente lo pienso;

pues si es verdad, no estoy viva,  
y si viva no le creo.

-----  
¿Qué no he de ver tu semblante?  
¿Qué no he de escuchar tus ecos?  
¿Qué no he de gozar tus brazos?  
¿Ni me ha de animar tu aliento?

-----  
¡Ay, mi bien! Ay, prenda mía!  
Dulce fin de mis deseos!  
¿Por qué me llevas el alma,  
dejándome el sentimiento?

-----  
No puedo creer que sean ajenos y simulados los sentimientos  
expresados con tanto sinceridad en estos versos suyos:

Mas ¿cuándo ¡ay! gloria mía,  
mereceré gozar tu luz serena?  
¿Cuándo llegará el día  
que pongas dulce fin a tanta pena?  
¿Cuándo veré tus ojos, dulce encanto,  
y de los míos quitarás el llanto?

¿Cuándo tu voz sonora  
herirá mis oídos delicada,  
y el alma que te adora,  
de inundación de goces anegada,  
a recibirte con amante prisa  
saldrá a los ojos desatada en risa?

¿Cuándo tu luz hermosa  
revestirá de gloria mis sentidos?  
Y ¿cuándo yo dichosa  
mis suspiros dare por bien perdidos,  
teniendo en poco el precio de mi llanto,  
que tanto ha de penar, quien goza tanto?

Ven, pues, mi prenda amada:  
que ya fallece mi cansada vida  
de esta ausencia pesada;  
ven, pues, que mientras tarda tu venida  
aunque me cuente su verdor enojos,  
regaré mi esperanza con mis ojos.

No hubo para ella un amor tranquilo, sin celos y tormentos.  
En su romance sobre la pasión de los celos, me llaman la atención  
estos versos siguientes:

Si es causa amor productivo  
de diversidad de afectos,  
que, con producirlos todos,  
se perfecciona a sí mismo:

Y si el uno de los mas  
naturales, son los celos;  
¿cómo sin tenerlos, puede  
el amor estar perfecto?

Son ellos, de que hay amor,  
el signo más manifiesto;  
como la humedad del agua  
y como el humo del fuego.

Son crédito y prueba suya;  
pues sólo pueden dar ellos  
auténticos testimonios,  
de que es amor verdadero.....

Estos y otros que mostraban  
tener amor, sin tenerlo;  
todos fingieron amor,  
mas ninguno fingió celos.

Porque aquel puede fingirse  
con otro color; más estos  
son la prueba del amor  
y la prueba de sí mismos.

Ellos solos se van con él,  
como la causa, y efecto;  
¿hay celos? luego hay amor;  
¿hay amor? luego habrá celos.

El que no los siente amando,  
del indicio más pequeño,  
en tranquilidad de tibio,  
goza bonanzas de necio.

Para tener celos, basta  
sólo el temor de tenerlos;  
que ya está sintiendo el daño,  
quien está sintiendo el riesgo.

No es ofender lo que adoro,  
antes es un alto aprecio  
de pensar, que deben todos  
adorar lo que yo quiero.

El que es discreto, a quien ama  
le ha de mostrar que el recelo  
lo tiene en la voluntad  
y no en el entendimiento.

VmE  
Sor Juana no creyó que hubiese en el mundo amor humano sin sufrimiento; sin peligro. Tampoco puede Dios amar sin peligro, porque en su "Divino Narciso" hallamos estos versos:

Porque hasta Dios en el mundo  
no halla amores sin peligro.

En uno de sus romances dice:

Muero (¿quién lo creará?) a manos  
de la cosa que más quiero,  
y el motivo de matarme  
es el amor que le tengo.

Así alimentado triste  
la vida con el veneno,  
la misma muerte que vivo  
es la vida con que muero.

Pero valor, corazón  
porque en tan dulce tormento,  
en medio de cualquier suerte  
no dejar de amar protesto.

A pesar de la elocuencia con que hablan las poesías de Sor Juana, Amado Nervo dice: "Le faltó a Sor Juana una sola cosa, una pasión confesada y cantada; el amor. Lopaloma herida hubiera desgranado inmortales arrullos en vez de ese ingenioso discreto retórico de todos los instantes." No puedo ponerme de acuerdo con él, respecto de esto; y hay muchos que están conformes conmigo. [El amor de Sor Juana es una cosa que ha causado muchas suposiciones; sus biógrafos han expresado varias opiniones. No se sabrá nada más que lo que nos revelan sus poesías, pues no nos dice nada por cierto, e indudablemente los que lean su obra y estudien su vida continuarán expresando opiniones. Así es que no se puede afirmar nada; hay que buscar la respuesta a la pregunta en sus propias obras.] El señor Héctor Ripa Alberdi

dice: "La raíz de esta pasión es un misterio que nadie ha osado penetrar, acaso porque sea más grata al oído la canción que se ignora de donde viene..... Pienso que a pesar de lo mucho que dicen esos versos, acaso sea más lo que callan."

El señor Chávez cree que Sor Juana amó de veras pero que su amor fué transitorio y que ella lo olvidó después de poco tiempo. Siendo yo mujer, no puedo estar de acuerdo con él. Es verdad que hay muchas mujeres que pueden olvidar al hombre a quien una ha amado, pero yo creo que Sor Juana no fué de esta clase; no fué una mujer ordinaria, sino extraordinaria. Para una mujer de su clase, si se puede decir que ella perteneció a una clase, pues parece que en todos aspectos ella fué distinta de las demás, no es posible olvidar nunca al bien amado, por mucho que se trate de olvidarle. Ella misma dice en una poesía suya:

¡Ay dura ley de ausencia!  
quien podrá derogarte,  
si adonde yo no quiero  
me llevas, sin llevarme  
con alma muerta, vivo cadáver.

Será de tus favores  
sólo el corazón cárcel,  
por ser aun el silencio,  
si quiero que los guardes,  
custodio indigno, sigilo frágil.

Y puesto que me ausento,  
por el último vale  
te prometo rendido  
mi amor, y se constante,  
siempre quererte, nunca olvidarte

El señor Francisco Sosa ha expresado mis pensamientos en frases tan hermosas y tan expresivas, que me tomo la libertad

de tomar prestadas, sus propias palabras: "¡Y qué no diremos de sus cantos eréticos, llenos de ternura y de pasión! La que así cantaba, no era la monja para quien el mundo y sus afectos habían desaparecido tras los muros del convento; era la mujer apasionada y tierna, en la primavera de la vida, que sentía latir su corazón, y tenía que sofocar aquellos latidos; era una joven que anhelaba los goces de que se encontraba privada para siempre. Aquellas notas eran las quejas tristísimas del ave que llora su libertad perdida. El alma de Sor Juana había conocido la luz que es el amor, y se encontraba hundida en las tinieblas del claustro. No podía ser de otra manera. Antes de entrar al convento, habían sonado en el corazón de Sor Juana las palabras que dicta el amor; sus ojos se habían abrasado con la luz de otros ojos; su alma había soñado con otra alma. Y los deberes religiosos, la conversación con Dios por medio de la oración, la soledad de la celda, los cánticos sagrados, en vez de borrar los recuerdos que con Sor Juana habían traspasado los muros del convento, tomaban mayores proporciones, se grababan más y más en el corazón de la poetisa. Pueden las mujeres vulgares olvidar las dulzuras de un amor que fuera su dicha; pero la que posee dotes como las que brillaban en Sor Juana, conserva siempre, por oculto que esté, el recuerdo de una pasión que ha embellecido las horas de su vida. Sor Juana por más que así no conste en ninguno de los escritos de sus contemporáneos, fué víctima de ajenas sugerencias.

Goza sin temor del hado

El curso breve de tu edad lozana;  
que no podrá la muerte de mañana  
Quitarte lo que hubieres hoy gozado.

¿Queréis una expresión más franca de las doctrinas epicu-  
reístas que la que encierran estos versos? ¿No veis en ellos la  
contradicción más grande entre la vida de la monja y los sen-  
timientos de su corazón? Puede suponerse voluntario el sa-  
crificio en la que así comprendía la brevedad de la vida y la  
necesidad de aprovechar sus instantes?

[ La poetisa mexicana no estaba poseída de esa tranquila  
resignación que necesitan las religiosas al comprender que han  
pronunciado votos irrevocables: resignación sin la cual la exis-  
tencia es el más horrible de los tormentos. ]

Amado Nervo cree que si Sor Juana amó de veras y sufrió los  
desengaños que indican sus versos, los desengaños que la hicieron  
renunciar todo y entrar en el convento, ella supo muy bien guar-  
darse su dolor muy adentro; dice él: "Sólo se percibe un eco  
lejano en algunas de sus estrofas. El grito, el llanto, la an-  
gustia, la rebelión se escondieron quietos y mudos dentro de su  
hábito de monja. Quedó de su amor solamente el discreto, el  
retruécano, la sutileza." Otra vez, no puedo estar de acuerdo  
con él. Me parece que una de las cosas más notables en sus po-  
sía es el amor, su propio amor humano, con todas sus desilu-  
siones, sus desengaños, su angustia y sus injusticias.

Alguien ha dicho que antes de llegar al punto más alto de  
una de las bellas artes, como la música, la poesía, la pintura,  
o cualquier arte, primero es preciso que el músico, el poeta o  
el artista haya sufrido muchísimo, que haya sentido en el fondo

de su propio corazón los tormentos más profundos que siente el corazón humano, pues, de otra manera no es posible que el artista exprese los sentimientos verdaderos sin haberlos sentido en su propio corazón. ¿No es esto precisamente lo que se expresa más claramente en las poesías de Sor Juana Inés de la Cruz?

¿No se nota en casi todas sus poesías un tono menor, una melodía de una vaga tristeza que parece un acompañamiento indefinible que da a sus obras su belleza, su ternura y su interés humano? ¿No es esto una prueba incuestionable de que ella sintió en el fondo de su ser los sentimientos que se expresan con tanta sinceridad en sus versos que tratan del amor humano? En mi opinión ella amó honda y verdaderamente y nunca olvidó al bien amado. El poeta inglés, Lord Byron, expresa en dos versos una verdad sencilla:

Man's love is of man's life a thing apart,  
'Tis woman's whole existence.

Cuánta razón tiene. Si una mujer ama de veras a un hombre, él es para ella, no solamente el bien amado sino su universo.

Creo que Sor Juana amó de veras y sufrió un desengaño que no pudo olvidar nunca. No creo que muriese el hombre a quien amó, porque la muerte de una persona amada no suele traer las consecuencias que causan los sentimientos que expresa Sor Juana en sus poesías. Por ejemplo no es posible que ella pensase en un hombre que había muerto cuando compuso el soneto que sigue.

Cuando mi error, y tu vileza veo,  
contemplo, Sylvio de mi amor errado,  
cuán grave es la malicia del pecado,  
cuán violenta la fuerza de un deseo

A mi misma memoria apenas creo,  
que pudiese caber en mi cuidado  
la última línea de lo despreciado,  
el término final de un mal empleo.

Yo bien quisiera cuando llego a verte  
viendo mi infame amor poder negarlo;  
mas luego la razón justa me advierte,

que sólo se remedia en publicarlo;  
porque del gran delito de quererte,  
solo es bastante pena confesarlo.

En uno de los romances de Sor Juana se halla otro aspecto  
de amor; el amor que no espera ser correspondido.

"Quererle porque el me quiere  
no es justo que amor se nombre;  
que no ama quien para amar  
el ser amado supone.

No es amor correspondencia:  
causas tiene superiores,  
que las concilian los astros  
o la engendran perfecciones.

Quien ama porque es querido,  
sin otro impulso más noble,  
desprecia al amante, y ama  
sus propias adoraciones.

Del humo del sacrificio  
quiere los vanos honores,  
sin mirar si al oferente  
hay méritos que le adornen.

Amor no busca la paga  
de voluntades conformes;  
que tan bajo interés fuera  
indigna usura en los dioses.

No hay cualidad que en él pueda  
imprimir alteraciones  
del velo de los desdenes,  
del fuego de los favores.

Su ser es inaccesible  
al discurso de los hombres;  
que aunque el efecto se sienta,  
la esencia no se conoce."

El amor de Sor Juana para con las dos virreinas, la Marquesa de Mancera, la Laura a quien escribió muchos versos, y la Condesa de Paredes, la Lisi de otras muchas poesías, fué un amor hondísimo, tierno y sin celos. Por ejemplo en los versos que siguen se nota esto.

Divina Lisi mía,  
perdona si me atrevo  
a llamarte así, cuando  
aun de ser tuya el nombre no merezco.

"Mi rey," dice el vasallo;  
"mi cárcel," dice el preso  
y el más humilde esclavo  
sin agraviarlo, llama suyo al dueño.

Así cuando yo mía  
te llamo, no pretendo  
que juzgues que eres mía  
sino que yo ser tuya, quiero.

Yo te vi, pero basta,  
que es publicar incendios;  
baste apuntar la causa  
sin añadir la culpa del efecto;

que mirarte tan alta  
no impide a mi desnudo;  
que no hay deidad segura  
al altivo valor del pensamiento.

Y aunque otros más merezcan,  
en distancia del cielo  
lo mismo dista el valle más humilde,  
que el monte más soberbio.

En fin, yo de adorararte  
el delito confieso;  
si castigarme quieres,  
ese mismo castigo será premio.

Cuando murió la Marquesa de Mancera, escribió Sor Juana este soneto hermoso que expresa su dolor hondísimo.

De la beldad de Laura enamorados,  
los cielos la robaron a su altura,  
porque no era decente a su luz pura  
ilustrar estos valles desdichados.

O porque los mortales, engañados  
de su cuerpo en la hermosa arquitectura,  
admirados de ver tanta hermosura,  
no se juzgasen bienaventurados.

Nació donde el Oriente el rojo velo  
corre al nacer el astro rubicundo,  
y murió donde con ardiente anhelo

da sepulcro a su luz el mar profundo;  
que fué preciso a su divino vuelo  
que diere como sol la vuelta al mundo.

En los versos siguientes expresa el amor y la gratitud que sentía por la Virreina, la Condesa de Paredes.

Sino que me tengáis presa  
que yo, de mi bella gracia,  
por vos, arrojaré mi  
libertad por la ventana;

Y a la sonora armonía  
de mis cadenas amadas,  
cuando otros lloren tormentos,  
entonaré mis bonanzas.

En algunos versos suyos expresa Sor Juana una tolerancia benévola y generosa. Todo ser humano tiene el derecho de pensar por sí mismo. Así lo expresa:

Todo el mundo es opiniones,  
de pareceres tan varios,  
que lo que es uno, que es negro,  
el otro prueba que es blanco.

A unos sirve de atractivo  
lo que otro concibe enfado,  
y lo que este por alivio  
aquél tiene por trabajo

El que está triste censura  
al alegre de liviano,  
y el que está alegre se burla  
de ver al triste penando.

Los dos filósofos griegos  
bien esta verdad probaron;  
pues lo que en el uno risa,  
causaba en el otro llanto.

Célebre su posición  
ha sido por siglos tantos,  
sin que cual acertó, este  
hasta ahora averiguado.....

Para todos se halla prueba,  
y razón en que fundarlo.  
Y no hay razón para nada,  
de haber razón para tanto.

Todos son iguales jueces,  
y siendo iguales y varios  
no hay quien pueda decidir  
cuál es lo más acertado

Pues si no hay quien lo sentencie;  
¿por qué pensáis vos, errado?  
que os cometié Dios a vos  
la decisión de los casos?

¿O por qué, contra vos mismo,  
severamente inhumano,  
entre lo amargo y lo dulce,  
queréis elegir lo amargo?

Si es mío mi entendimiento  
¿por qué siempre he de encontrarlo  
tan torpe para el alivio,  
tan agudo para el daño?

El discurso es un acero  
que sirve por ambos cabos,  
de dar muerte por la punta  
por el pomo de resguardo.

Si vos, sabiendo el peligro,  
queréis por la punta usarlo,  
¿qué culpa tiene el acero  
del mal uso de la mano?

No es saber, saber hacer  
discursos sutiles vanos;  
que el saber consiste sólo  
en elegir lo más sano.

Especular las desdichas  
y examinar los presagios,  
sólo sirve de que el mal  
crezca con anticiparlo.....

En amenidad inútil,  
¿qué importa al florido campo,  
si no halla fruta al otoño  
que ostente flores en mayo?

¿De qué le sirve al ingenio  
el producir muchos partos  
si a la multitud se sigue  
el malogro de abortarlos?.....

El ingenio es como el fuego,  
que con la materia ingrato,  
tanto la consume más,  
cuanto el se ostenta más claro...

Este pésimo ejercicio  
este duro afán pesado,  
a los hijos de los hombres  
dió Dios para ejercitarlos.

Gracias a Amado Nervo, hallo en su "Juana de Asbaje,"  
estos versos de Sor Juana que él dice fueron sus últimos. No  
sabe exactamente cuando se escribieron. Es evidente que por  
alguna razón ella no los terminó. En estos versos se nota, como  
se nota en todas sus obras su modestia y su humildad.

¿Cuándo námenes divinos  
dulcísimos cisnes, cuando  
merecieron mis descuidos  
ocupar vuestros cuidados?

¿De dónde a mi tanto elogio?  
¿De dónde a mi encomio tanto?  
¿Tanto pudo la distancia  
añadir a mi retrato?

No soy yo la que pensáis,  
si no es que allá me habéis dado  
otro ser en vuestra pluma  
y otro aliento en vuestros labios.

Y diversa de mí misma,  
entre vuestras plumas ando,  
no como soy, sino como  
quisistéis imaginarlo.

A regiros por informes  
no me hiciera asombro tanto,  
que ya se cuanto el efecto  
sabe agrandar los tamaños.

Pero sé de mis borrones  
vistéis los humildes rasgos,  
que del tiempo más perdido  
fueron ocios descuidados.

¿Qué os pudo mover a aquellos  
mal merecidos aplausos?  
¿Así puede a la verdad  
arrastrar lo cortesano?

¿A una ignorante mujer  
cuyo estudio no ha pasado  
de ratos, a la precisa  
ocupación mal hurtados;

A un casi pústico aborto  
de unos estériles campos  
que, el nacer en ellos yo,  
los hace más agostados;

¿A una educación inculta,  
en cuya infancia ocuparon  
las mismas cogitaciones  
el oficio de los ayos.

Se dirigen los elogios  
de los ingenios más claros  
que en pálpitos y en escuelas  
el mundo venera sabios?

¿Cuál fué la ascendente estrella  
que, dominando los astros,  
a mí os ha inclinado, haciendo  
lo violento voluntario?

¿Qué mágicas infusiones  
de los indios herbolarios  
de mi patria, entre mis letras  
el hechizo derramaron?

¿Qué proporción de distancia,  
el sonido modulando  
de mis hechos, hacer hizo  
consone lo destemplado?

¿Qué siniestras perspectivas  
dieron sparente ornato  
al cuerpo compuesto sólo  
de unos mal distintos trozos?

¡Oh, cuántas veces, oh, cuántas,  
entre las ondas de tantos  
no merecidos loores,  
elogios mal empleados;

¡Oh, cuántas, encandilada  
en tanto golfo de rayos,

o hubiera muerto Phaetonte,  
o Narciso peligrado!

A no tener en mí misma  
remedio tan a la mano,  
como conocerme, siendo  
lo que los pies para el pavo.

Vergüenza me ocasionais  
Con haberme celebrado,  
porque sacan vuestras luces  
mis faltas más a lo claro.

Cuando penetrar el Sol  
intenta cuerpos opacos,  
el que piensa beneficio  
suele resultar agravio.

Porque densos y groseros,  
resistiendo en lo apbetado  
de sus tortuosos poros  
la intermisión de los rayos,

Y admitiendo solamente  
el superficial contacto,  
sólo de ocasionar sombras  
les sirve lo iluminado.

Bien así, a la luz de vuestros  
panegíricos gallardos,  
de mis oscuros borrones  
quedan los disformes rasgos.

Honoríficos sepulcros  
de cadáveres helados,  
a mis conceptos sin alma  
son vuestros encomios altos.

Elegantes panteones  
en quienes el jaspe y mármol  
regia superflua custodia  
son de polvo inanimado.

Todo lo que se recibe  
no se mensura al tamaño  
que en sí tiene, sino al modo,  
que es del recipiente vaso.

Vosotros me concebisteis  
a vuestro modo, y no extraño  
lo grande, que estos conceptos  
por fuerza han de ser milagro

La imagen de vuestra idea  
es la que habéis alabado,  
y siendo vuestra es bien digna  
de vuestros mismos aplausos.

Celebrad ese de vuestra  
propia aprensión simulacro,  
para que en vosotros mismos  
se vuleve a quedar el lauro.

Si no es que el sexo ha podido,  
o ha querido hacer, por raro,  
que el lugar de lo perfecto  
obtenga lo extraordinario

Más a esto sólo por premio  
era bastante el agrado,  
sin desperdiciar conmigo  
elogios tan empeñados.

Quien en mí alabanza viere  
ocupar juicios tan altos,  
¿qué dirá sino el gusto  
tiene en el ingenio mando?

## Bibliografía

Abreu Gómez, Emilio

Sor Juana Inés de la Cruz

Bibliografía y Biblioteca

Respuesta a Sor Filotea de la Cruz. (en español moderno)

Agreda y Sánchez, Dr. José María de

Sumaria Relación de las cosas de la Nueva España. (La cita que ocurre en esta tesis se halla en México Viejo por Luis González Obregón)

Agueros, Victoriano

Escritores Mexicanos Contemporáneos.

Arróniz, Marcos

Manual de Biografía Mexicana.

Baz, Gustavo

Hombres Ilustres Mexicanos (p. 353-372)

Calleja, P. Diego

Aprobación del tomo primero y Prólogo al tomo tercero de las Obras Completas de Sor Juana Inés de la Cruz.

Chávez, Ezequiel A.

Sor Juana Inés de la Cruz.

Cruz, Sor Juana Inés de la

Obras completas.

Eguilera y Eguren, Juan José de

Sor Juana Inés de la Cruz

Feijóo, Fr. Jerónimo Benito

Teatro Crítico (tomo primero discurso 16, número 115)

Fernández MacGregor, Genaro

La Santificación de Sor Juana Inés de la Cruz

García Icazabalcaeta, Joaquín

Tipografía Mexicana (La cita que ocurre en este trabajo se halla en Escritores Mexicanos Contemporáneos por Victoriano Agüeros.

González Obregón, Luis

México Viejo, La Décima Musa Cap. IX

Jiménez Rueda, Julio

Historia de la Literatura Mexicana. (p.71-75).

Menéndez y Pelayo, Marcelino

Antología de Poetas Hispano-americanos (tomo primero p.66-75).

Mesonero Romanos, Ramón de

Biblioteca de Autores Españoles.

Dramáticos Posteriores a Lope de Vega.

La Monja de México.

Molins, Antonio Elías de

Poesías Escogidas de la Décima Musa Mexicana.

Nervo, Amado

Juana de Asbaje.

Nicasio Gallego, D. Juan

Prólogo a las obras literarias de Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda.

Oviedo, Juan de

La Vida del Padre Antonio Núñez de Mirana.

Oviedo y Romero, Aurelio María

Biografías de Mexicanos Celebres (p. 87-114).

Pimentel, Francisco

Historia Crítica de la Poesía en México (p.235-287).

Revista de Revistas de México 16 de Septiembre de 1928.

Carta de Sor Filotea de la Cruz a Sor Juana Inés de la Cruz.

✓ Ripa Alberdi, Héctor

Sor Juana Inés de la Cruz

Romana, Navarro, M.

Historia de la Literatura Española (Cap. XXX).

✓ Sánchez, Dr. José Rogerio

Autores Españoles e Hispano-americanos.

Schons, Dorothy

Algunos Parientes de Sor Juana.

Serrano y Sanz, Manuel

Biblioteca de Escritores Españoles.

✓ Sosa, Francisco

Biografías de Mexicanos distinguidos.

Tineo de Morales, Fr. Luis

Aprobación del tomo primero de las Obras Completas de

Sor Juana Inés de la Cruz.

Toussaint, Manuel

Sor Juana Inés de la Cruz

Obras Escogidas.



Vigil, José María

Antología de Poetas Mexicanos

Reseña Histórica de la Poesía Mexicana.

Wilson, La Baronesa de

América y sus Mujeres.